EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ATILA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.--40.—2.°

1876

ATILA.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CORREGIR AL QUE YERRA.....	Comedia en un acto, origina en verso.
EL ONCENO NO ESTORBAR.....	Id en un acto, id. id.
LA ESCALA DEL MATRIMONIO..	Id. en tres actos, id. id.
CANDIDITO. (Segunda edicion.)	Id. en un acto, id. id.
NO LO QUIERO SABER.....	Id. en un acto, id. id.
¡POBRES MUJERES! (3.ª ed..)	Id. en un acto, id. id.
EL PIANO PARLANTE.....	Id. en tres actos, id. id.
EL SUEÑO DE UN SOLTERO....	Id. en un acto, id. id.
MONEDA CORRIENTE.....	Id. en tres actos, id. id.
CUESTION DE FORMA.....	Id. en tres actos, id. id.
EL JUGADOR DE MANOS.....	Comedia en tres actos arreglada del francés.
LAS CIRCUNSTANCIAS.....	Id. en tres actos y en prosa, original.
LA CHISMOSA.....	Id. en tres actos y en verso. original.
LA LEVITA. (Segunda edicion.)	Id. en tres actos, en prosa, original.
DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON.....	Id. en tres actos, en prosa, original.
LA CAN-CANOMANÍA.....	Sátira en un acto.
LOS NIÑOS GRANDES.....	Comedia en tres actos, en prosa, original.
EL ESTÓMAGO.....	Comedia en tres actos, en prosa, original.
ATILA.....	Drama en tres actos, original.

ATILA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro del CIRCO la noche del 23 de Diciembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

714109

PERSONAJES	ACTORES.
ILDICO	Sras. Marin.
MUJER 1.ª	Terren.
IDEM 2.ª	Cosin.
IDEM 3.ª	Tabela.
ESCLAVA 1.ª	Amoraga.
IDEM 2.ª	Estrella.
IDEM 3.ª	Peral.
IDEM 4.ª	Romero.
ATILA	Sres. Calvo (D. Rafael).
PAPA LEON	Jimenez.
ZERCON	Valentin.
ARDARICO	Calvo (D. Ricardo).
SOLDADO 1.º	Abbad.
IDEM 2.º	Luna.
IDEM 3.º	Fornoza.
IDEM 4.º y FLAVIO	Capilla.
IDEM 5.º	Calvo (D. J.).
VALAMIRO	Pavía.
VIDEMIRO	Roquero.
TEODOMIRO	Afuero.
UN ESCALDO	Peña.
UN ARÚSPICE	Infante.
UN HECHICERO	Calvo (D. F.).
UN SACERDOTE	Letre.

Senadores, sacerdotes, esclavos, coperos, soldados de varias hordas, etc., etc.

Año 453.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON FEDERICO PASCUAL Y PEDRO.

Querido Federico: La situacion de nuestra querida patria, la propension que á levantar el espíritu se siente bajo este incomparable cielo de la Grecia y el aconsejarme tú que escribiera un drama histórico, me han sacado por esta vez del museo de anatomía donde me complazco en hacer la autopsia de nuestra sociedad.

Hace tiempo que tengo una deuda contraida contigo, y creo que para llenarla no hallaría ocasion más oportuna que esta en que, con la autoridad que con tu talento imprimes á tus palabras, has conseguido vaciar en un molde nuevo mis instintos literarios.

Acepta, por lo tanto, benévolamente la dedicatoria de este drama, sin olvidar que es mi primer ensayo en este género, y que si bien me expongo con mi inexperiencia á hacer partícipe de un mal éxito á tu nombre, en cambio no privo á tu acendrada amistad del derecho que la asiste á la primacía.

Te abraza tu invariable

Enrique.

Atenas 2/14 Setiembre 1873.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/atiladramaentres00gasp

APUNTES

PARA LA EJECUCION DE LA OBRA,

tomados de Prisco: *Excepta de Legotionibus*, Jornandes: *De Rebus Gaticis*: Sidonio Apolinario: *Panegiricus de Avities*, un poema del siglo VI, titulado: *De prima expeditione Attila regis Hungarorum in Galias*, Ceclius Iuvencus Culanus: *Vita Attila*, Callinacus Experiens: *De gesti Attila*, J. M. Barbieri: *La Guerra de Atila*, Le Beau: *Histoire de Bas Empire*, Herbert: *Atila*, poema inglés, y Amadeo Thierry: Episodio de la Historia del siglo V, *Atila*, publicados en la Revue des deux mondes, tomo 13 y 14, y fundados sobre extractos de Prisco, que forma parte de la embajada de Teodosio II cerca de Atila, de las crónicas de Próspero de Aquitania, de la del visogodo Jornandes, de leyendas latinas, poemas teutónicos y traducciones húngaras.

Huir de la lánguida monotonía y de la irreverencia que caracteriza la tragedia del mismo título del gran Corneille, vencer la tentacion de imitar la incomparable obra alemana de Werne, y producir un trabajo original en el que la verdad de la historia no infiera otro menoscabo que el puramente preciso á la unidad de la accion, hè aqui el fin que me he propuesto. Los siguientes apuntes que transcribo para facilitar la ejecucion de este drama, podrán servirme de justificacion en algunos parajes.

Atila era de corta estatura, de cuerpo deforme; su cabeza

grande, la nariz afilada, anchas las espaldas; rasgos todos que recordaban su orígen mongólico. Andaba altivamente y su voz era fuerte y sonora: los reyes que le seguian declaraban que no podian soportar la majestad de su mirada. El jefe de los hunos se alababa de inspirar terror, y no gustaba de distinguirse en lo que se referia á su persona por la magnificencia aparente. Se alimentaba con carne casi cruda y miraba el pan como alimento indigno de los guerreros del Norte. Su mesa, platos y copas, eran de madera.

Bajo de talla y ancho de espaldas, cabeza gorda, ojos pequeños y hundidos, barba escasa, nariz aplastada, tez casi negra. Su cuello erguido, naturalmente hácia atrás y sus miradas, que paseaba en torno con inquietud y curiosidad, daban á su porte algo de fiero é imperioso. A la menor irritacion contraíase su rostro y sus ojos lanzaban llamas de cólera; los más resueltos no se atrevian á afrontarle. Sus palabras, lo mismo que sus actos, tenian un carácter de premeditado énfasis, con el que intentaba darles mayor efecto. No amenazaba sino aterrando: cuando devastaba, era más bien por el placer de destruir que por el afan de saqueo; cuando mataba lo hacía por dejar á los vivos el espectáculo de miles de cadáveres insepultos. No obstante, era afable para los que sabían sometérsele, blando en ocasiones al ruego, generoso con sus servidores y juez íntegro con sus vasallos. Sus vestidos sencillos y muy limpios; su alimento de carne, sin condimentos, que le servian en platos de madera. Frugal y modesto para sí, queria ver desplegar á su alrededor un gran lujo. Con la irascibilidad de calmuko, participaba de sus instintos brutales. Se embriagaba y codiciaba con pasion á las mujeres; todos los dias tomaba una nueva esposa, y sus hijos formaban un pueblo. No tenía creencia religiosa, pero le acompañaban mágicos y agoreros, como los *Chamanes* ó los Emperadores mongólicos.

Esta suposicion hace que en 431, época de su expedicion á las Galias, sus cabellos eran casi blancos.

El palacio del príncipe bárbaro, situado sobre una altura, dominaba todo el Burgo y atraía desde lèjos las miradas por sus altas torres, que parecian desafiar al cielo. Designábase con el nombre de palacio un vasto cercado circular donde se veian varias moradas que eran las del rey, la de su esclava favorita Kerka, las de algunos de sus hijos y probablemente tambien el asilo de sus guardias. Un cercado de madera lo rodeaba, y estos edificios interiores eran tambien de madera. Situada en el centro, y sólo ella flanqueada por torres, la casa de Atila, estaba rodeada de grandes cercas admirablemente trabajadas y pulidas, y tan exactamente unidas entre sí, que parecian formar una sola pieza. La mansion de la reina, de arquitectura màs ligera, pero más adornada, presentaba por todos sus lados relieves y esculturas que no carecían de gracia. Su techo reposaba sobre pilastras cuidadosamente cortadas á escuadra, entre las cuales reinaba un órden de cimbras de madera torneada, apoyadas sobre columnitas formando como el arquerío de una galería. La casa de Onegere (su ministro), se veía á poca distancia del palacio circunscrita, igualmente por una empalizada, y construida por el mismo estilo que la del rey, pero con más sencillez.

Los antiguos escitas, habitantes de las llanuras Pónticas, tenían por ídolo una espada desnuda, enterrada por la empuñadura en el suelo, del que sólo salía la punta de la hoja, y á la que llamaban la espada de Arés ó Marte. Un boyero la encontró al ver á un ternero que se hábia herido con ella, y Atila la aprovechó para decir que Dios se la enviaba, tratando

de justificar con esto el asesinato de su hermano Bleda, crímen que le procuró el dominio en toda la Barbaria.

Llamóse hunos blancos á los que pertenecian á la rama oriental ó del mar Caspio, y hunos negros (porque casi lo eran) á los de la rama occidental ó de los montes Urales. Sábese por la historia que una parte de los hunos empleaba medios artificiales para dar à sus hijos la fisonomía mongólica, aplastándoles la nariz merced á unas tiras de lienzo muy apretadas y amarrándoles la cabeza de manera que se dilatasen los pómulos de las mejillas; deformacion inspirada por el afan de aparecer indivíduos de aquella raza, que gozaba entónces de una gran consideracion, y que dominadora de los hunos representaba la raza aristocrática. Atila tenía más bien este sello mongólico que el acraliano. Cazaban la marta, el oso y la zorra en los bosques de la Siberia y comerciaban con sus pieles en los mercados de madera establecidos á orillas del Volga y del Jaik, frecuentados por los traficantes de Persia y del imperio romano.

Amiano Marcelino, historiador y soldado, testigo de la primera aparicion de los hunos en las orillas del Danubio, dice asi: Sobrepujan á cuanto se puede imaginar de más bárbaro y salvaje. Hacen profundas incesiones con el hierro en las mejillas de sus hijos recien nacidos, á fin de que los pelos de la barba queden sepultados bajo las cicatrices; por consiguiente, conservan hasta la vejez la cara lisa y rala como la de los eunucos. Su cuerpo rechoncho, con los miembros superiores enormes y una cabeza desmesuradamente gorda (1), les dan

(1) Jornandes.

una apariencia monstruosa; parecen fieras de dos piés, á esas toscas figuras con que adornan los parapetos de los puentes.

No emplean para sus alimentos ni el fuego ni la condimentacion. Raíces, plantas silvestres, carnes maceradas entre sus piernas y lomos de caballo, constituyen su alimento. Nunca manejan el arado. No habitan en casas ni cabañas, porque todo circuito de muro les parece un sepulcro, y no se creerían en seguridad bajo un asilo techado. Siempre errantes por montañas y bosques, cambiando de residencia perpétuamente, ó mejor dicho, no teniéndola nunca, combaten desde la infancia todos los males, frio, hambre y sed. Sus ganados les siguen en sus emigraciones, llevando carretas en las que encierran á sus familias. En ellas las mujeres hilan y cosen los vestidos de los hombres; en ellas reciben las caricias de sus maridos, y en ellas dan á luz á sus hijos, que educan hasta la pubertad. Pregúnteseles de dónde vienen, dónde han sido concebidos, dónde nacieron; no os lo sabrán decir. Su traje consiste en una túnica de lino y una casaca compuesta de pieles de rata silvestre cosidas entre sí. La túnica es de color oscuro y se les pudre sobre el cuerpo, pues no se la mudan hasta desecharla. Un casco aplastado y las piernas vellosas envueltas en pieles de macho cabrío, completan el traje. Su calzado, sin forma ni medida, les molesta hasta el punto de impedirles andar con lo que apenas pueden combatir como infantes, mientras que ginetes parecen enclavados en sus pequeños caballos, feos, sí, pero infatigables y rápidos como el relámpago. Pasan su vida á caballo, ya á horcajadas, ya á mujeriegas. Á caballo tienen sus asambleas, sobre ellos compran y venden, comen y beben y hasta duermen, inclinados sobre el cuello de sus monturas. En las batallas se precipitan sin órden ni plan, bajo el impulso de sus diversos jefes, y caen sobre el enemigo lanzando gritos espantosos. Si encuentran resistencia se dispersan para volver con la misma rapidez, empujándolo y derribándolo todo á su paso. No saben, sin embargo, escalar una plaza ni asaltar un campo atrincherado. Nada iguala la habilidad con que á distancias prodigiosas lanzan sus flechas, armadas de huesos puntiagudos tan duros y mortíferos como el hierro. Combaten de

cerca con una espada que llevan en una mano y en la otra una red, con la que envuelven á su enemigo ocupado en parar sus golpes. Los hunos son inconstantes, sin fe; variables á todos los vientos, se abandonan y se consagran á la furia del momento. No tienen más idea que el fruto de lo que sea el honor. Su idioma es oscuro y abunda en metáforas. Tocante á religion no tienen ninguna ó por lo ménos no practican culto alguno. Su pasion dominante es el oro.

Entre las hordas de Atila, se distinguia el Asia por ser sus representantes los más repugnantes y feroces, el huno negro y el ocatriza, provisto de su largo carcax; el alano armado con su enorme lanza y su coraza de hojas de cuerno; el nuno, el bellonote, el gelon pintarrajeado é inciso, que tenía por arma una guadaña y por vestido una casaca de piel humana. De las llanuras Sármatas habian venido las tríbus en sus carros tirados por bueyes; estas tríbus eslavas y medio asiáticas, sus indivíduos se parecian á los germanos por el armamento, á los escitas por las costumbres, y eran poligamos como los hunos. La Germania habia enviado á sus hijos, que vivian en las más apartadas regiones, hácia el Oeste y el Norte. El kujo de las orillas del Oder y del Vistula, nombres entónces oscuros, pero que pronto debian cesar de serlo. Iban armados de su escudo redondo y de la espada corta de los escandinavos. Se veía tambien el hérulo, rápido en la carrera, invencible en el combate, pero cuya crueldad le hacian ser el terror de los otros germanos, quienes concluyeron por exterminarle. El ostrogodo y el gépida no faltaron al llamamiento; allí estaban con su pesada infantería, tan temida de los romanos. El rey Ondarico mandaba los gépidas. El rey Palamiro con sus hermanos Teodomiro y Videmiro, todos tres de la sangre de los Amales, mandaban los ostrogodos.

Soberbias copas de plata, magníficas pieles teñidas de brillante púrpura, la preciosa pimienta de la India, los dátiles y otras frutas secas que los bárbaros apreciaban mucho, fueron presentes ofrecidos á una viuda de Bleda por la embajada romana. El papa Leon, con los senadores Genadio, Avieno, descendiente de Valerio Cervino, y Trigetius, formaron la embajada que detuvo á Atila en su marcha sobre Roma, y la paz se convino el dia 6 de julio, octava de los apóstoles San Pedro y San Pablo, cerca de Mántua, en el confluente del Pó y del Mincio. Los negociadores se presentan con las insignias de su más alta dignidad. La historia nos dice que Leon habia revestido sus vestiduras pontificales, y una revelacion de la tumba nos ha hecho conocer en qué consistia este traje. Leon llevaba una mitra de seda con brocado de oro, redondeada á la manera oriental, y encima de su dalmática una larga capa ó *polliura* de púrpura oscura adornada de una pequeña cruz roja sobre el hombro derecho y de otra más grande al lado izquierdo del pecho.

El moro Zereon era enano, jorobado, tartamudo, idiota. Los africanos lo habian regalado al general romano Aspar, quien lo perdió en Tracia; luégo lo tuvo Bleda, despues pasó á Atila, éste lo regaló al patricio Ecio, quien se lo devolvió á Aspar. Acompañaban al rey poetas hunos y escaldos godos. En su bandera figuraba el ave astor.

Imagínese bajo una tienda tártara plantada en medio de las llanuras de la Campania y al lúgubre resplandor de las antorchas la representacion de las temerosas ceremonias inspiradas por los supersticiones todas del Norte de Europa y Asia. Al sacrificador ostrogodo ó rujo con sus manos metidas en las

entrañas de una víctima, observando sus palpitaciones; al sacerdote alano arrollando en un lienzo blanco sus varillas mágicas, en el entrelazamiento de las cuales veía signos proféticos; al hechicero de los hunos blancos evocando los espíritus de los muertos al son del tambor mágico, y girando sobre sí mismo con la rapidez de una rueda hasta caer rendido y con la boca espumante en la inmovilidad de la catalepsia, y en el fondo de la tienda á Attila, sentado sobre su escabel espiando las convulsiones, recogiendo los menores gritos de estos intérpretes del infierno. Tambien tenían otra supersticion, que consistía en despojar de la carne los huesos de las víctimas que se querían consultar, y expuestos el fuego, se establecian los pronósticos por la direccion de las venas ó fisuras de la sustancia huesosa. Para ello tenían un ritual cuyas reglas se asemejaban á las de los arúspices romanos.

Como bebidas se conocian el Medos y el Camos. La sala del festin era una gran pieza oblonga con asientos y pequeñas mesas alrededor separadas entre sí, y á cada una de las cuales podían sentarse cuatro y cinco personas. En medio se elevaba un estrado que sostenía la mesa de Atila y su lecho. Detrás, y á poca distancia, había otro lecho adornado como el primero de lienzos blancos y de tapices multicolores parecidos ambos á los *thalamos* usados en Grecia y Roma paralas ceremonias nupciales. Un copero, con la copa siempre llena, se situaba detrás de cada asistente al fin de cada servicio. Los servidores colocaban sobre la mesa platos cargados de manjares. En la de Atila sólo ponían carne en platos de madera, y su copa era de la misma materia, mientras que á los convidados se les servía en vajilla de plata y oro. Éstos tomaban á su antojo de los platos que tenían delante sin poder extenderse á los otros.

¿Quién era Ildico ó Hildegonda?

La tradicion germana hace de ella la hija de un rey tan pronto franco del Ultra-Rhin, como de los burgonolas. La tradicion húngara la llama Mikolsz, y la da por padre un príncipe de los bactrios; y lo que parece confirmar históricamente las indicaciones de la poesía tradicional, es la solemnidad misma de esta boda, celebrada con tanta pompa y tan diferentemente del clandestino matrimonio que Atila contrajo en 449 con la hija de Eslam. La tradicion germánica, añade que Atila había matado en otro tiempo á los padres de esta jóven, á quien llamaba ahora á su lecho para apoderarse de todos sus tesoros. Esta clase de matrimonios en que la política se mezclaba á la licencia de las costumbres, no era rara entre los hunos y los mongoles sus hermanos; pero estos usos salvajes ajenos á la raza germánica, en la que las mujeres gozaban de gran autoridad moral derivada de sus antiguas creencias religiosas, no debian encontrar de su parte la misma docilidad que de parte de las mujeres del Asia, casi reducidas á la esclavitud. Sea de ello lo que fuere, este segundo dato de la tradicion no debe ser desatendido, pues lanza un rayo luminoso sobre los misterios de esta sangrienta ceremonia nupcial. ¿Qué pasó en aquella noche fatal?

Los rumores que sobre el suceso circularon fuera del palacio fueron diversos y contradictorios; pero el mismo cuidado que pusieron los jefes de los hunos en probar que la muerte de su rey había sido natural, acreditó una version más siniestra: se pretendió que Ildico habia asesinado á su esposo dormido.

ACTO PRIMERO.

El campo ambuleo en el confluente del Pó y del Mincio. Vista de Mántua sobre el fondo derecha. Los primeros términos ocupados por carretas sármatas, en las que acampan las mujeres y los hijos de las hordas hunas. Arneses, escalas y pertrechos de guerra en todas direcciones. Este panorama se repite indefinidamente aumentando en lontananza con tiendas de estilo tártaro entre las que pacen las bestias del equipo y los ganados de los ejércitos nómadas de Atila.

ESCENA PRIMERA.

Mujeres confeccionando trajes dentro de las carretas, SOLDADOS HUNOS y ESCLAVOS procedentes de la toma de Aquilea, que aquellos se distribuyen.

SOLDADO 1.° ¡Mucho esta turba vocea!
(Tratando de sofocar los lamentos de las esclavas.)
LOS ESCLAVOS. ¡La muerte!
SOLDADO 1.° ¡Basta!
LOS ESCLAVOS. ¡La muerte!
SOLDADO 2.° (Amenazándolas.) Callad, ó sufrís la suerte
de los muros de Aquilea.
ESCLAVA 1.ª ¡Mi hijo!
ESCLAVA 2.ª ¡Mi esposo!
ESCLAVA 3.ª ¡Mi hermano!

VARIOS ESCLAVOS.
¡Nuestra patria!
OTROS. ¡Nuestro hogar!
SOLDADO 1.° Fuerza es hacerles callar
con el peso de la mano.
(Golpeando á los esclavos, que quedan confundidos.)
SOLDADO 3.° ¡Parece que el ruido amengua!
SOLDADO 1.° Pues si otra vez se declara
para azotarles la cara
nos valdremos de su lengua.
MUJER 1.ª Son cautivas?
SOLDADO 2.° Sí lo son.
MUJER 2.ª Mezquino anduvo el botin.
SOLDADO 3.° Y aun suerte ha sido que al fin
nos tocara esta porcion.
Los gépidas y ostrogodos
que atacaron la derecha
han sacado de la brecha...
una esclava para todos.
MUJER 1.ª ¿Acaso hallásteis desiertas
de mujeres las moradas?
SOLDADO 2.° ¡Qué desiertas! Atestadas.
MUJER 2.ª Pues dónde están?
SOLDADO 1.° Allí, muertas.
Luchó el mujeriego bando
con tal bravura, que entiendo
que juraron ir muriendo
á condicion de ir matando.
MUJER 3.ª Y qué es de Aquilea?
SOLDADO 1.° Fué.
MUJER 1.ª Yo al pasar ni escombros ví.
SOLDADO 1.° Sábese que estuvo allí
por la ausencia que se ve;
pues cuando el huno su planta
en tierra enemiga oculta,
todo al pasar lo sepulta
con el polvo que levanta.

¡Al reparto!

LOS SOLDADOS. ¡Bien! (Con gritos de placer.)

SOLDADO 1.° La empresa
fácil es y breve el trance;
cuatro son ellas: que avance
todo el que reclame presa.
Esta... (Sacando á la Esclava 2.ª)

ESCLAVA 2.ª Perdon.
(El Soldado 1.° la amenaza.)

SOLDADO 3.° Yo la pido.

SOLDADO 1.° ¿La obtuvistes brazo á brazo?

SOLDADO 3.° Maté al padre de un hachazo
y de otro hachazo al marido.

SOLDADO 1.° La has ganado en buena ley.
(Se la entrega al Soldado 3.°, que la hace subir en una de las carretas.)

OTRA. (Tomando lo Esclava 3.ª)
¿Á quién?

SOLDADO 2.° Me amparo de ella.
Ven, matrona.

ESCLAVA 3.ª (Con altivez.) ¡Soy doncella!

SOLDADO 1.° Nadie la toque. Es del Rey.
(Varios Soldados se la llevan.)
Quién reclama su derecho?

SOLDADO 4.° (Socando á la Esclava 1.ª)
Yo, que dí fuego á su hogar
despues de al hijo amarrar
contra un poste de su lecho.

SOLDADO 5.° Sí; pero en lucha reñida
su vida salvó mi clava,
y él juró darme esa esclava
como precio de su vida.

SOLDADO 1.° ¿Lo juraste?

SOLDADO 4.° Puede ser.
Mas quebrantarlo es mi intento;
si razon da el juramento,
da caricias la mujer.

Sígueme.
(Haciendo subir en un carro á la Esclava 1.ª)

SOLDADO 5.° Te reto á juicio,
SOLDADO 4.° Que él decida nuestra suerte.
SOLDADO 1.° Hermosa faz! Ven! (Sacando á la Esclava 4.ª)
SOLDADO 2.° Advierte
que hace poco en mi perjuicio
al Rey mi esclava cediste,
y se me debe una presa.
SOLDADO 5.° Otra reclama, porque esa
tú conquistarla me viste.
SOLDADO 2.° ¡No salgo vivo de aquí
sin llevarme á esa mujer!
SOLDADO 1.° Muerto entónces ha de ser,
pues la guardo para mí.
SOLDADO 2.° ¡Hermano! ¿En sangre querrás
que se bañen nuestros senos?
SOLDADO 1.° ¡Qué importa un hermano ménos
en cambio de un beso más!
SOLDADO 2.° ¡La lengua á cortarte voy!
(Acometiéndole con la espada desnuda.)
SOLDADO 1.° Y yo á cercen la cabeza. (Sacando la suya.)
SOLDADO 2.° ¡Toma, infame! (Dándole un golpe en vago.)
SOLDADO 1.° La torpeza
se paga así. (Hiriéndole.)
SOLDADO 2.° ¡Muerto soy!
(Cae. Varios Soldados lo retiran.)
SOLDADO 1.° Todo el hierro lo concilia.
SOLDADO 5.° Yo á juicio te haré llamar.
SOLDADO 1.° Sube á ese carro; es tu hogar; (Á la Esclava.)
agrégate á mi familia.
(Óyese gran algazara en el fondo.)
Pero esos gritos, qué son?
(Escelan todos las carretas para ver.)
MUJER 1.ª La turba invade el camino.
MUJER 2.ª Ya llegan.
MUJER 3.ª ¡Es el albino!

MUJER 1.ª ¡Zercon es!
TODOS. ¡Viva Zercon!

ESCENA II.

DICHOS y ZERCON, con los ojos siempre entornados, como albino á quien ofende la luz del dia, guedejas blancas y cierta apariencia de idiotismo.

SOLDADO 5.° Cegato! De cuándo acá? (Todos le zarandean.)
SOLDADO 4.° Desde ayer las tiendas corre.
SOLDADO 3.° Con esos pelos de topo
tan hábil la edad esconde,
que no me explico si al campo
vuelve más viejo ó más jóven.
ZERCON. Dicha y pesar, que no canas,
años quitan y años ponen,
que el reir hincha el pellejo
mientras que el llorar lo encoje.
SOLDADO 1.° Pues si es verdad tu sentencia
yo debo estar hecho un odre.
ZERCON. ¿Quién eres tú?
SOLDADO 4.° ¿No lo ves?
SOLDADO 1.° Con luz no distingue un monte,
mas no hay gato que con él
se las ponga á ver de noche.
SOLDADO 3.° Toda su raza es lo mismo.
SOLDADO 1.° Ya que mi voz no conoces,
vamos á ver si mi puño
te sabe decir mi nombre. (Le golpea.)
ZERCON. Escam te llamas. (Todos rien.)
SOLDADO 3.° Por vida,
que acertó.
ZERCON. Conozco el golpe.
SOLDADO 5.° Larga fué la ausencia.
ZERCON. Larga.
SOLDADO 1.° Y en verdad que desde entónces
las carcajadas del Rey

no hay enano que provoque.
¿En dónde estuviste?

ZERCON. En Trácia.
Desde alií pasé al Etiope,
crucé el Nilo, subí á Libia,
y de Mauritania, al choque
del remo, cortando Gades
entre jardines y bosques,
gané la Iberia y las Galías
y entré en Roma.

SOLDADO 1.° ¿Esclavo?

ZERCON. Y pobre.

SOLDADO 3.° ¿Viste ya á Atila?

ZERCON. Le ví.

SOLDADO 5.° Te habrá colmado de dones
para que así á Roma dejes
y al nómada campo tornes?

ZERCON. Beber en su régia copa
me ha ofrecido ante la córte
cuando triunfante á Etzelburgo
regrese con sus legiones.

SOLDADO 4.° ¡Grande honor!

SOLDADO 3.° Digno de Césares.

SOLDADO 1.° ¡Y que á un parásito otorgue
merced que niega á un soldado!

ZERCON. No envidioso me reproches,
que si el parásito sube,
sube degradando al hombre.

SOLDADO 1.° Mas bebes vino y yo no.

ZERCON. Tú bebes gloria y honores,
que no hay crímen que lo sea
como victoria se nombre.

SOLDADO 3.° ¿Quién á Mántua te condujo?

ZERCON. Escolta de embajadores
dióme el gran Valentiniano.

SOLDADO 4.° Si al mensaje así responde
con que tu rescate Atila

al emperador propone,
paz anuncia la embajada
de la señora del Orbe.

SOLDADO 1.° De su dignidad la insignia
el Papa y los senadores
vistiéndose están, y en breve,
perdon demandando á voces
al Occidente vereis
de rodillas ante el Norte.

SOLDADO 4.° Debemos ir sobre Roma,
que impotente á nuestro choque,
la sed de oro, sangre y besos
saciará de las cohortes.

SOLDADO 5.° Así Atila lo desea;
mas si Ardarico se opone...

ZERCON. ¿Quién es Ardarico?

SOLDADO 1.° El rey
de los Gépidas. Un hombre
que como crecen las plantas
en la espesura del bosque,
en nuestras huestes brotó
sin saber cuándo ni donde.
Madre llama á su bandera,
son las armas sus amores,
y es en el ataque rayo
siendo en la defensa torre:
si él sentencia, el Rey admira;
si él aconseja, el Rey oye;
vence el Rey cuando él combate,
y él y el Rey fundidos corren.

ZERCON. ¿Es ya vetusto?

SOLDADO 3.° Un rapaz;
pero fuerte como un roble.

ZERCON. ¿Y Atila no teme acaso
que su prestigio le robe?

SOLDADO 1.° Temer no puede quien lleva
con su bravura su nombre,

que si el mundo dió un Atila
para dos el mundo es pobre.

(Óyense bocinas y cuernos acompañados de unos alaridos salvajes con que el pueblo saluda á su Rey.)

SOLDADO 5.° Él se acerca.

VOCES. (Dentro.) ¡Plaza al Rey!

SOLDADO 1.° Á recibir se dispone
sin duda aquí á la embajada.
Pues grandes y sacerdotes
le siguen. Á nuestro puesto. (Á los Soldados.)

VOCES. (Dentro.) ¡Plaza al Rey!

ZERCON. (Aparte y levantando los ojos al cielo.) Señor, acórreme.

ESCENA III.

LOS MISMOS y SOLDADOS ACATRIRAS, ALANOS, GELONES, HÉRULOS, GÉPIDOS y demás hordas precediendo á ATILA. Éste entra á caballo rodeado de ARDARICO, VALAMIRO, THEODOMIRO y VIDEMIRO, reyes de los Gépidas y Ostrogodos, y seguidos de sacrificadores, rujos, sacerdotes alanos y hechiceros de los hunos blancos. Los hunos negros cierran la marcha.

ATILA. (Desmontándose.) Monarcas, sacerdotes y soldados;
tribus los de las sármatas llanuras;
gelones, que con miembros mutilados
forjais vuestras humanas vestiduras;
gépidos y ostrogodos, cuyo empuje
los campos catalaunicos aún temen;
rujos, á cuyo paso el suelo cruje
rompiendo el cáuce en que le oprime el Niemen;
hérulos, que en rugido pavoroso
vuestros brutos lanzais á la carrera
como si al dardo del corcel brioso
arco tendido el entusiasmo fuera;
neuros, hunos, alanos y acatriras,
habitantes del Vístula y del Duna,
hueste invencible que á mi impulso giras
sobre el eje veloz de la fortuna;

de guerra el grito en el espacio truene;
mas piensa bien que en el festin sangriento
el hijo de Manzuca á pedir viene
los escombros del mundo por asiento.

VALAMIRO. ¡Vuelen á conquistarle mis legiones!

VIDEMIRO. ¡Ya de exterminio con la sed batallo!

TEODOMIRO. ¡La tierra barrerán mis escuadrones,
quemando el polvo con su ardiente callo!

ARDARICO. Nuestro bélico ardor, que al rostro asoma,
ya enrojece y dilata la pupila.
Traza el rumbo.

ATILA. Del orbe dueña es Roma.
Sea, pues, Roma pedestal de Atila.
(Movimiento general de repulsion.)
¡La frente hundis! ¿Qué fué de aquel denuedo?
trocad la cota en mujeriego manto;
llorad: do acaba el hombre con el miedo
a mujer da principio con el llanto.
Si la altura del muro hallais inmensa,
buscad la del reptil hedionda tumba:
el que muere con gloria sólo piensa
que al caer de más alto más retumba.

ARDARICO. Ni es el pavor quien enmudece el labio
ni ante la muerte nuestra fe vacila,
ni al ver que alienta quien lanzó el agravio
dudarse puede que infirióle Atila:
clavar la rueda de tu carro exige
nuestra propia salud.

ATILA. Yo haré que ceje
si mi esfuerzo gigante es quien lo rige
aunque echeis mis conquistas sobre el eje.

ARDARICO. Blanda la rienda, el anchuroso llano
entregará á su vértigo el auriga;
mas no ante el foro rendirá la mano
al frenético ardor de mi cuadriga.
Ya de Oriente el ejército aguerrido
puebla los Alpes, y sus huestes alía

para impedirte el paso, si vencido
Roma te obliga á trasponer la Italia.
Y ¡ay del Norte y de tí si allí inhumano
venganza el ódio de Marciano toma!

ATILA. Si temeis ser vencidos por Marciano
los Alpes evitad venciendo en Roma.

ARDARICO. ¿Quién la supersticion de tus soldados
bastára á contener? Nunca Ardarico
escalará los muros que inspirados
predijeron la muerte de Alarico;
el hombre contra el hado es impotente,
yo á sus designios mi bravura inmolo.

ATILA. Probarte quiero que tu lengua miente.
¡Á Roma! (Todos callan.) No ha mentido. Iré yo sólo.
(Con grito feroz. Movimiento de reaccion en los soldados.)
Al César rogaré que con su planta
me humille, haciendo de fiereza alardes,
y entregaré al cuchillo mi garganta
prefiriendo verdugos á cobardes.
Mi pueblo imbécil, gritaré iracundo,
ante un madero en cruz tiembla y vacila,
temiendo que al llamarme rey del mundo
pueda más grande ser que lo es Atila.
Buscad, pobres ovejas los rediles;
no mereceis de mi furor el precio:
yo os abandono como á insectos viles,
que si al pasar no aplasto los desprecio.
Cautivo partiré con la embajada,
mas ántes de ceñir los férreos lazos,
á vuestros ojos romperé mi espada
y os dejaré mi honor en sus pedazos,
pues yendo solo, mi podrida escoria
sarcófago hallará cuando sucumba;
mas con mi acero no, porque es mi gloria,
y mi gloria no cabe en una tumba.

ARDARICO. Tregua á tus iras da.

ATILA. Vano es tu ruego.

VALAMIRO. El enojo depon.
ATILA. Nunca he sabido.
TEODOMIRO. Tu perdon imploramos.
ATILA. Yo os le niego.
VIDEMIRO. Decreta nuestra muerte.
ATILA. No; mi olvido.
TEODOMIRO. Á nuestros ayes ven.
ATILA. Son importunos.
ARDARICO. (Como poseido de una idea.)
Brillará tu clemencia.
ATILA. No lo aguardes.
ARDARICO. (Excitando á los soldados.)
¡Á Roma!
TODOS. (Con entusiasmo.) ¡Á Roma!
ATILA. (Con alegría.) ¿Á Roma? ¡Son mis hunos!
¡No han tenido valor de ser cobardes!
Corramos, y del sol á las miradas
nubes siendo las ricas cabelleras,
refrescará el calor de las jornadas
el crugiente ondular de las banderas.
La espada de Mavorte rutilante
del azote de Dios el brazo guía,
y á saciar sobre el mundo agonizante
todo el odio del tiempo va en un dia.
Dadme un festin de honor; sangre, mujeres;
que os vea yo asomado á mi venganza
en la embriaguez del oro y los placeres
disipar el pillaje y la matanza.
(Se oyen cuernos y bocinas.)
Esos que el aire pueblan roncos sones
nuncios del Papa son: llegue ese anciano
y el trono de los Galbas y Nerones
crugir sienta á sus piés Valentiniano.
Del Eufrates al Ródano altanera
abarcó la distancia mi pupila,
mas hoy os juro que por vez primera
digno me siento de llamarme Atila.

ESCENA IV.

DICHOS, el PAPA LEON y los SENADORES, con las insignias de su dignidad, séquito de la embajada, que deposita á los piés de Atila copas de oro y plata, pieles teñidas de púrpura y vasos preciosos encerrando gomas y frutas.

LEON. En el nombre de Dios y en el de Roma
al Rey salud.
ATILA. Salud á la embajada.
LEON. De Arabia acepta la adorante goma
que en pérsicos tapices derramada
pongo á tus piés; el que al topacio afrenta,
dátil dorado que en Anatolia abunda,
y en argentados copos la pimienta
que al calor de las Indias se fecunda.
Del trono en mí la majestad reside,
y aunque á su peso oscilo y me confundo,
mi labio, Atila, con la paz te pide
de la eterna ciudad, la paz del mundo.
Á levantar el yugo de tu mano
de triple ruego con la voz te obligo,
que embajador, pontífice y romano
pueblo, César y Dios vienen conmigo.
ATILA. Para extinguir la luz del sol brillante,
para hacer que el torrente el rumbo tuerza,
para domar mi espíritu gigante,
ni Dios, ni rey, ni pueblo tienen fuerza.
Á Roma iré; mas si á mi ley precisa
tu ejército se opone, le haré escombros
y llegaré á sus muros más de prisa
de la victoria cabalgando en hombros.
LEON. La cruz que en su recinto se levanta,
enseña del nacido en un establo,
te impedirá que huelles con tu planta
la tumba de San Pedro y de San Pablo.

ATILA. Nunca.
LEON. Á tus piés mi dignidad arrojo. (Inclinándose.)
¡La paz!
ATILA. La guerra á tí y al mundo entero.
LEON. Teme de Dios el implacable enojo.
ATILA. Que venga ese impostor; aquí le espero.
LEON. ¡Impío! No prosigas, ten el labio.
ATILA. Si á afrontar no se atreve mi presencia,
yo volaré á su encuentro con mi agravio.
Dime: ¿Dónde está Dios?
LEON. (Inspirado.) En tu conciencia.
ATILA. ¿Qué dices?
LEON. Cuando en noche misteriosa
todo rumor ante las sombras calla
y tu intranquila frente se reposa
sobre el ferrado arnés de la batalla,
¿mil espectros no ves que en raudo giro
de las entrañas suben de la tierra,
con prolongado y lúgubre suspiro
al sueño que te abruma haciendo guerra?
El anciano y el niño que á raudales
su sangre vierten, son á tus miradas
crepúsculos de horror ante los cuales
pasean su esterminio las jornadas.
Allí el mancebo, á quien por ancha herida
tiende la parca miserable acecho,
va entregando por átomos la vida
al piafar de un corcel sobre su pecho;
allí junto á doncella inanimada
que al salvar el honor sucumbe inerte,
vése á Atila con mano despiadada
robando sus secretos á la muerte.
ATILA. No me espanta del crímen la quimera,
que es volverlo á cumplir el recordarlo;
y cien veces y cien lo cometiera
por la sola delicia de soñarlo.
LEON. (Ap. hasta el fin.)

(Y entre tantos ensueños de ventura,
el eco de una voz no te intimida
que con doliente acento de amargura
te despierta gritando: «Fratricida?»

ATILA. ¡Ah! (Retrocediendo con horror.)

LEON. Entónces, dominando tus enojos,
los párpados oprimes con violencia;
mas borras el fantasma de tus ojos
y vuelve á reflejarse en tu conciencia.

ATILA. ¡Calla!

LEON. De Dios la omnipotente mano
de esas visiones el concierto guía,
y el cadáver te arroja de tu hermano
en todo el esplendor de su agonía.
Desceñidos los hombros de la cota
Bleda avanza al compás de sus lamentos
recogiendo su sangre gota á gota,
hasta dejar tu trono sin cimientos;
y de tu vil corona los pedazos
lanzándote á la faz...

ATILA. ¡Tu labio cese!

LEON. Iracundo te abarca con sus brazos.

ATILA. Y la muerte me da... ¡Mi sueño es ese! (Aterrado.)

LEON. Y á merced tus despojos de los vientos
corren cual hojas de marchita hiedra
á esparcir por el monte sus fracmentos
chocando con fragor de piedra en piedra,
en tanto que con hórrido graznido
los buitres carnicéros se desploman,
y los canes famélicos al ruido
del rasgar de los músculos asoman;
y en salvaje banquete congregados,
ó anuncian con estrépito su empresa
ó al hedor de la sangre aletargados,
parecen dormitar sobre su presa;
hasta que el ronco triturar del diente
y de la garra el estridor depuestos,

desnudo cual parásito indigente
sale el gusano á devorar los restos.

ATILA. ¡Calla, calla!

LEON. Ese es Dios, de quien blasfemas.

ATILA. ¡Piedad!

LEON. El solo que tu instinto doma.

ATILA. ¡Libértame de tí!

LEON. Mi voz no temas.
Yo te conduciré. ¡Vamos á Roma! (Retándole.)

ATILA. ¿Qué haré yo por ahogar tu acento rudo?

LEON. Á abandonar la Italia te sentencio.

ATILA. ¿Y callará tu labio?

LEON. Será mudo.

ATILA. Pues bien, tuya es la paz, dame el silencio.
(Tomando reposo despues de la lucha que ha sostenido. Gran pausa.)
Al César dile que en su trono Atila
(Alto y con violencia.)
ceñir le deja la imperial corona,
que si es grande el enojo que destila
su lástima es mayor, y le perdona.
(Alegría en los soldados.)
No quiero que mi ejército aguerrido
en su pesada atmósfera se vicie,
y que nació soldado dé al olvido,
al calor del deleite y la molicie.
Por símbolo de paz mis brazos toma.

LEON. Dios al monarca y á su pueblo guarde.

ATILA. (¡Dormido me venciste! Vete á Roma,
que puedo despertar.) (Ap. á Leon al abrazarle.)

LEON. ¡Atila, es tarde!)
(Váse el papa Leon con todo su séquito.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos LEON y su séquito.

ATILA. (¡Es tarde! Sí? Qué se hicieron

mi bravura y mi pujanza?
Ó están muertos ó se esconden
en los pliegues de la rabia.
Acero triunfante en Grecia,
bélico autor en las Galias,
mano señora del mundo,
nombre de Atila que espanta,
no eres ya mi acero,—quita,
no es este mi ardor,—me engañas;
no es mia esta mano,—mientes,
tú no eres Atila,—aparta.)

ARDARICO. ¿Por qué triste y abatido
la frente doblas?

ATILA. Soñaba
que es ilusion la grandeza
y á una ilusion otra mata;
el aire disipa el humo
y ambos son quimera vana.
¡Á mí nadie me venció
y he sucumbido á la nada!

ARDARICO. No te entiendo.

ATILA. Ya me entiende
mi propia vergüenza, y basta.

ARDARICO. ¿Abres hoy el juicio?

ATILA. Al punto;
pero tiemblen mi venganza,
que implacable es la sentencia
del reo que en juez se cambia.
(Siéntase sobre unos escombros.)

ARDARICO. Audiencia da el Rey, llegad. (Llamando.)

SOLDADO 5.° Justicia á mis quejas. (Seguido de los Soldados 4.° 1.°)

ATILA. Habla.

SOLDADO 5.° De su vida este soldado
me ofreció en cange una esclava,
y hoy me la niega despues
de jurarlo por tu espada.

ATILA. ¿Lo juraste?

SOLDADO 4.° Dió un botin
harto mezquino la plaza.
ATILA. ¿Lo juraste? (Amenazador.)
SOLDADO 4.° (Temeroso.) Sí.
ATILA. Pues muere.
SOLDADO 4.° (Siempre feroz!) (Ap.)
ATILA. Sobre un aspa
clavad su cuerpo, y del Mincio
busque refugio en las aguas.
SOLDADO 4.° ¿Olvidaste que, aún rapaz,
puse en tus manos la clava,
que en el corcel te hice diestro
y que mi amigo te llamas?
ATILA. Inflexible es la justicia,
tú perjuro te declaras,
yo te condeno y te lloro.
Toma... (Abrazándole.) y muere.
SOLDADO 4.° ¡Atila! (Rechazándole.)
ATILA. Basta. (Imperiosamente.)
Otro avance.
SOLDADO 5.° En el reparto
una presa adjudicada
éste guardó para sí. (Señalando al soldado 1.°)
ATILA. ¿La ganaste en la batalla?
SOLDADO 1.° No.
ATILA. Pues devuélvela al dueño
que la cautiva reclama.
SOLDADO 5.° Es ya tarde, en su furor
dejóle muerto á sus plantas.
ATILA. Pues de cabeza arrojadle
desde la torre de Mántua.
SOLDADO 5.° Ese castigo es honroso
para el crímen que le mancha.
Es fraticida!
ATILA. ¿Qué dices? (Retrocediendo.)
¡Fraticida!

SOLDADO 1.° Algunos se hallan (Con intencion á Atila.)
que viven y que en los otros
sentencian su propia causa.
¡Júzgame tú!

ATILA. ¿Yo? ¡No puedo!
(Cubriéndose el rostro con las manos.)

ARDARICO. ¿Vas á otorgarle tu gracia?

ATILA. No. Le condeno á vivir,
que es una muerte más larga.
Parte, al reposo te entrego (Al Soldado 1.°)
y con la noche batalla:
el castigo que hoy te impongo
es perdonarte mañana.
¡Hunos! Á ganar volvamos
del Ister la orilla helada;
mas con el pecho al pasar
id empujando á la Italia,
entre Roma y Etzelburgo
fuerza es barrer la distancia:
yo quiero que verse puedan
sin que se lo estorbe nada.
¡Mi caballo! De partir
haced la señal.

ILDICO. (Apareciendo.) ¡Aguarda!
(Deteniéndole al ir á montar.)

ARDARICO. ¡Hermosa mujer! (Á Atila.)

ATILA. (Extasiado) ¡Hermosa!
¿Qué quieres?

ILDICO. Que escuches...

ATILA. Habla.

ESCENA VI.

LOS MISMOS é ILDICO.

ILDICO. Limitando un confin del ancho mundo
la tierra una region esconde avara
á cuyo lado el seno más fecundo

con cuidado solícito depara.
Sirve á César y Flora de palacio,
de estrecharla orgullosa él más se engrie
y hasta el sol cuando asoma en el espacio,
—Mi España—grita al verla y se sonrie:
allí el Betis en plácido embeleso
las playas acaricia á su albedrío;
más Hespalis gentil le roba un beso
y trémulo á sus piés tirita el rio.
Pues en ese jardin que el Betis baña
Ildico vió del sol la luz primera;
callo al decirte que nací en España,
que es mi culto el honor; la honra es ibera.

ATILA. (Ap.) (Á mis ojos la presta nuevo encanto
de su lenguaje audaz la bizarría)

ARDARICO. (Ap.) (Lucha mi corazon entre el quebranto
y el placer. Si es amor, yo la haré mia.)

ILDICO Allí los años de la infancia pura
para llenarme de ilusion y galas
cernieron sobre mí desde su altura
los pintados matices de sus alas;
pero del cuarto lustro al rumor lento
ceñí el manto, hasta entónces desprendido,
al mirar que con loco atrevimiento
por el amor llegaba conducido:
y dejando á su voz la patria bella
para abrir mi destino á la desgracia,
el bajel que mi planta hirió doncella
esposa y madre me arrojó en la Tracia,
do en brazos de la dicha los instantes
vió trascurrir en éxtasis mi anhelo
llevando las miradas delirantes
del padre al hijo y de los dos al cielo.
Más un dia.—¡Qué horror! Bronco alarido
resuena en el confin del suelo tracio,
y del corcel al galopar tendido
el polvo se hace dueño del espacio:

y sembrando el terror y la matanza,
como rugiente mar que ondas apila
y vallas rompen y espumante avanza
y el llano inunda, se desborda Atila.
Del exterminio que su faz orea
ni edad ni sexo la embriaguez perdona;
mas si un tracio sucumbe en la pelea,
la vírgen le sucede á la matrona;
y ó matan como tigres acosados,
ó lloran con la rabia de unos seres
que, si ante el odio luchan cuan soldados,
piensan ante el rubor que son mujeres.
Arde mi hogar: del angustiado pecho
viene el hijo á arrancarme mano impía,
mientras de propia sangre en vasto lecho
revuélcase mi esposo en la agonía,
y el resplandor fatal que en un instante
arrebatóme amor, ventura y honra,
queda alumbrado á la orfandad errante
y á la muerte á los piés de la deshonra!
Ha cuatro lustros que en mortal quebranto
dar con tus huellas mi dolor codicia;
pero atenta escuché, sentí aquí llanto
y corrí, y aquí estás. ¡Hazme justicia!

ATILA. ¡Justicia! ¿Y contra quién? Bajo el dominio
del huno al batallar cede la tierra;
devastacion, violencia y exterminio,
siendo para su ardor grito de guerra,
inútilmente á la memoria llamo
una ley que castigue su osadía.

ILDICO. Esposo, á mi deshonra te reclamo:
el juzgar al infame es cuenta mia.

ATILA. ¿Ignora tu demencia que una espada
ante deudas de honor nunca fué inerte
y que pudo en su pecho hallando entrada
convertirte en esposa de la muerte?

ILDICO. Que aún alienta lo dice mi semblante

con el rubor que abraza mi pupila;
el crímen es eterno. No te espante;
vive, vive el traidor.

ATILA. ¿Su nombre?

ILDICO. (Señalándole.) ¡Atila!

ATILA. ¿Atila has dicho?

ILDICO. Sí.

ATILA. Necia ó demente,
pues te escuché benigno, te perdono.
Compartir mi poder tu afan no intente;
para Atila y su acero aún falta trono.

ILDICO. ¿Y quién un cetro anhela que se tiñe
con la sangre vertida en el delirio?
¿Qué es tu diadema vil para quien ciñe
la sublime corona del martirio?
No con régio escabel la mente sueña;
dale justicia á mi dolor por precio,
y verás de mi honor una vez dueña,
cómo te escupo al rostro y te desprecio.

ATILA. ¡Ten la lengua! Mi enojo sacrifico
y el reo al tribunal mi mano guía.
Su crimen y mi crímen, Ardarico,
juzga y sentencia tú.

ARDARICO. ¿Yo?

ATILA. Sí.

ARDARICO. (Ap. con alegría.) (¡Ya es mia!) (Pausa.)
¡Sea su esposo el seductor de Tracia!
(Alegría en Ildico.)

ATILA. ¡Tu fallo acataré! (Resignándose.)
¿Cuál es su suerte?
(Con ansiedad refiriéndose á Ildico.)

ARDARICO. ¡La expiacion exige de su audacia
que del lecho nupcial pase á la muerte!

ATILA. (Estremeciéndose.)
¿Qué dices? ¡Morir!... No.

ARDARICO. (Con imperio.) ¡Jamás su veto
de la ley al mandato impuso Atila!

ATILA. ¡Morir! (Intercediendo.)

ARDARICO. (Inexorable.) ¡Themis habló!

ATILA. (Resignándose.) Yo la respeto,
¡Ildico! (Tomándole la mano con compasion.)

ILDICO. (Con desprecio.) ¿Tiemblas tú? Yo estoy tranquila.

ATILA. Pronto. ¡Á partir!
(Suenan cuernos y vocinas y todo se pone en movimiento.)

ARDARICO. (Ap.) (Su corazon desgarro;
mas saciar lograré mi amor funesto.

ATILA. Ven, esposa. (Dando la mano á Ildico.)

ARDARICO. (Impidiéndolo ferozmente.) ¡Cautiva, atrás. El carro
de las régias esclavas es tu puesto.

ATILA. (Á Ildico despues de medir con una mirada de desconfianza á Ardarico.)
¡Reina serás! mi compasion proscribe
la atroz sentencia que el rigor te lanza.
(Retirándose sin dejar de mirar á Ardarico.)

ZERCON. (Acercándose misteriosamente á Ildico, á quien no ha cesado de espiar desde su aparicion.)
¡No temas!

ILDICO. (Ap. á Zercon, reconociéndole.)
(¡Ah! Zercon, y mi hijo, ¿vive?

ZERCON. ¡Dios lo sabe!

ILDICO. ¡Ay de mí!

ZERCON. (Estrechándole la mano.) ¡Valor!)

ILDICO. (Con ahogado grito.) ¡Venganza! (Váse.)
(Los soldados uncen los bueyes á las carretas y los preparativos de marcha empiezan en el campo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El antro de los sacrificios. Gruta tallada en la roca, alumbrada por teas que llevan los soldados. Al levantarse el telon aparecen divididos en grupos los sacerdotes alanos, arrojando sus varillas adivinatorias sobre un lienzo que les sirve de tapiz: el sacrificador ostrogodo, rodeado de los arúspices rujos, y con las manos metidas en las entrañas de una víctima, consultando las palpitaciones de ésta, y el hechicero de los hunos blancos, evocando los espíritus de los muertos, al son del tambor mágico, que tañe con una sola mano mientras que sus satélites, con los brazos extendidos diagonalmente y en el éxtasis de la inspiracion, giran en derredor suyo y sobre si mismos. En el fondo Atila, sentado sobre un escabel, espia los menores movimientos con febril ansiedad. Á su lado están Ardarico, los Reyes y dignatarios. Ildico á sus piés, escucha resignada.

ESCENA PRIMERA.

ILDICO, ATILA, ARDARICO, REYES, SOLDADOS, SACERDOTES, ARÚSPICES, HECHICEROS.

ATILA. No la suerte ya próspera ó adversa
al destino interrogo de mis armas,
que á los piés de la paz quemando incienso,
del ocio en el sopor duerme mi espada.
Huérfano el cinto, la rodilla ausente

del flanco del corcel y el brazo en calma,
para luchar nacido en otras lides
con rudo encono el corazon batalla.
Por acallar de la justicia el grito
que bajo el muro resonó de Mántua,
hoy de Etzelburgo en el palacio régio
con Ildico mis bodas se preparan.
Mas de su muerte la feroz sentencia
mi amor repugna y mi piedad rechaza,
y en el antro profético os convoco
con voz doliente demandando gracia.
Sacerdotes, alanos, al destino
los secretos robadle del mañana:
arúspice ostrogodo, de tu víctima
sorprende la clemencia en las entrañas;
y tú, hechicero, de mis hordas hunas
que el parche hiriendo á los sepulcros llamas,
haz que los manes de los muertos sean
propicios á su vida amenazada.

SACERDOTE. Tres veces el enlace misterioso
sobre el blanco cendal pedí á la mágia,
y las tres con fatídico presagio
los signos respondieron: ¡muere ó mata!

ATILA. Oscuro enigma. Mas tu fallo espero
que revoque el arúspice.

ARÚSPICE. Te engañas:
en dos partido el corazon, presenta
la víctima á mis ojos, y nefasta
la ciencia del augur, la muerte pide
para librarte ¡oh rey! de la venganza.

ATILA. Los dioses me abandonan!
(Al Hechicero.) ¿Son los muertos
implacables tambien?

HECHICERO. Sañudos rasgan
la nupcial vestidura, y su sudario
con sus rígidos huesos me señalan.

ATILA. ¿El hado me es adverso?

LOS TRES. Sí.
ATILA. ¿Su suerte
no os es dado cambiar?
LOS TRES. No.
ATILA. ¡Desgraciada!
Suplícales tambien; que mienten diles
vengativa al juzgarte.
ILDICO. En vano clamas.
Déjame ser quien soy; á la impostura
no se humilla jamás la fe cristiana.
ATILA. Rogaré por los dos. Hecho pedazos
mi corazon mirad á vuestras plantas.
Yo os daré una hecatombe por su vida;
su hermosura y mi amor os lo demandan.
LOS TRES. ¡Imposible!
ATILA. ¿Perdon!
LOS TRES. ¡Jamás!
ATILA. El polvo
por vez primera mi rodilla mancha.
¡Compasion para entrambos.
LOS TRES. ¡Nunca!
ATILA. ¿Nunca?
Pues bien, ya no os suplico: el rey lo manda.
Forzaros quiero á deponer las iras;
no amedrentan mi espíritu esas farsas
con que el miedo trocando en sacerdocio
al armado valor venceis sin armas.
Yo soy mi religion; á mis pasiones
mi brazo altares por doquier levanta,
y más númenes sacros no consulto
que los tajantes filos de mi espada.
Oráculos, justicias, dioses, leyes
los nombres fueron que la fuerza usaba;
mas la fuerza una vez llamóse Atila,
y Atila desde entónces se los llama.
(Movimiento general de sorpresa. Ardarico avanza solemne y dice á Atila:)

ARDARICO. «Si á los preceptos que nos rigen vieras
que álguien valido en su poder faltára,
húndele tu puñal sin que tu mano
vacile ni ante el pecho del monarca.»
Así hablaste al poner sobre mis hombros
y haciéndome oscilar del juez la carga.
No me digas tu nombre, no me importa;
la justicia al herir vuelve la cara.
(Desnudando el puñal.)
¡Muere!

ATILA. (Ap. á Ardarico, deteniéndole.)
(De la obediencia del soldado
el ejemplo del rey la norma traza;
tu accion aplaudo y á fingir me obligo;
la salud de mi pueblo me lo manda.
Mas si al deber sucumbo aquí en secreto,
mi voluntad su vida te reclama;
y yo sé que los cielos han de oirte,
(Con irónica sonrisa.)
porque mi fe y la tuya son hermanas.
Prisionera la entrego á tu custodia;
en su espíritu infunde la esperanza
mientras yo ante esa imbécil muchedumbre
disfrazo de dolor mis carcajadas.)
(Alto á los demas.)
Hechiceros, augures, sacerdotes,
mudo es el crímen; mi silencio os basta;
partamos. (En mi indómita bravura
el ser vencido aun por ficcíon me espanta!)
(Vánse Atila y su séquito y la escena queda alumbrada por una sola tea, sujeta con garfios á la roca.)

ESCENA II.

ILDICO, ARDARICO.

ARDARICO. (Llegó el momento: la emocion me agita
y se anuda la voz en mi garganta.
Inútil vacilar. Rugid, pasiones,

y desbordad del pecho que os encauza.)
Ildico, junto al tálamo el verdugo
á cortar la existencia se prepara.
¿No te asusta morir?

ILDICO. Para el creyente
sólo empieza la vida cuando acaba.

ARDARICO. ¿Y no temes acaso que al perderla
se disipen tus sueños de venganza? (Con misterio.)

ILDICO. Siempre el tiempo al castigo otorga un dia:
que si la muerte el hombre del hoy salva,
la eternidad para cumplir las deudas
tiene un hoy sin ayer y sin mañana.

ARDARICO. Mas perder juventud, belleza, trono...

ILDICO. Torturarme imaginas y te engañas:
el honor me devuelven, soy dichosa;
me libertan de Atila, estoy vengada.

ARDARICO. ¿Y si yo la segur de la justicia
lograse detener con mi pujanza?
(Pausa, durante la cual Ildico le lanza una mirada escudriñadora.)

ILDICO. Te escucho: el precio dí; pero al hablarme
mi faz observa y si enrojece, calla.

ARDARICO. Á tus encantos la razon perdida
juez inflexible condené tu causa,
para poder ser dueño en este instante
de encerrar en mi mano tu esperanza.
Mia serás; mi voluntad lo ordena.

ILDICO. ¡Cuánto en subir al rostro el rubor tarda!

ARDARICO. Yo te puedo salvar ó aniquilarte.
Entre amarme ó morir, elige.

ILDICO. Mata.

ARDARICO. Eres de roca.

ILDICO. La materia impura
al homicida hierro siempre es blanda;
mas la virtud es aire que al herirle
con el mismo puñal se le separa.

ARDARICO. Pues bien, mujer sublime, yo á tu acento

en súplica trocando la amenaza,
vengo á rogarte que tu amor me otorgues
en cambio de mi mano y de mis lágrimas.
(Sorpresa en Ildico.)
De mis lágrimas, sí: tú no concibes
que en mis mejillas por el sol tostadas
pueda el dolor rodar fundido en llanto
huyendo al ver la soledad del alma;
mas tú no sabes que en oscura noche
sume mi vida impenetrable gasa,
y que la luz perdida en mi existencia,
yo al ocaso pregunto si es el alba.
No conocí jamás ni la temida
autoridad de un padre, ni la casta
caricia maternal.

ILDICO. (Compasiva.) ¡Ah! ¿Los perdiste?

ARDARICO. ¡Ojalá que perdidos los llorara!...
En las hordas de Atila, como el viento
barre el bosque y los gérmenes arrastra
que la tierra fecunda, el hombre nace
en los pliegues envuelto de una ráfaga.

ILDICO. (Oh! Con igual acento de amargura
el hijo llorará de mis entrañas!)

ARDARICO. ¡Ámame por piedad!

ILDICO. Aunque ofendida,
no me es dado mirarte ya enojada;
mas tente, que si mi honra no se queja,
más sensible otra fibra me desgarras.
Por el dolor marchita mi hermosura
rechacé tu niñez.

ARDARICO. ¡Quimera vana!
¡Ámame!

ILDICO. No lo intentes... (Á medida
que se va la mujer, la madre avanza!)

ARDARICO. No en mitad del camino me abandones
de mi existencia triste y solitaria.

ILDICO. (Atrás, necia ilusion!)

ARDARICO. (Tomándole la mano.) ¡Ildico bella!...
Responde.

ILDICO. (Aquí, honor mio!... Ó hiero ó callas!)
(Arrebata ol puñal á Ardarico y se amenaza el pecho con él.)

ARDARICO. Espíritu indomable!... Qué pretendes?
(Quitándole el puñal.)

ILDICO. Tu silencio comprar.

ARDARICO. Oye, insensata.
Pues ni los ruegos ni la fuerza logran
triunfar de tí, mi vengadora saña
á desbordarse corre, y del verdugo
toma el amante la sangrienta plaza.

ILDICO. Qué importa!

ARDARICO. Mas no en brazos de la muerte
trocando el nupcial velo por la palma
del martirio, caerás con tu sonrisa
insultando el rigor de la guadaña.
Al tálamo no irás; quiero en tu rostro
(Ildico se horroriza.)
ver pintados los signos de la rabia,
y saber que al morir, de la deshonra
el caliente rumor te invade el alma!

ILDICO. Eso nunca!... Piedad!...

ARDARICO. ¿Y tú la tienes
de mi acerbo sufrir?

ILDIGO. Oh, desdichada!

ARDARICO. Tu amor!

ILDICO. Es imposible!

ARDARICO. Pues tu vida!

ILDICO. (Inspírame, Señor!) (Levantando los ojos al cielo.)

ARDARICO. (Amenazante.) Mi acero aguarda!
No vaciles, responde.

ILDICO. Ve mi angustia.

ARDARICO. Mi ansiedad mira tú. (Avanzando.)

ILDICO. Deten la planta.

ARDARICO. Pronto!

ILDICO. Atrás! (Retrocediendo.)
ARDARICO. Es inútil.
ILDICO. (Inspirada por una idea.) Soy tu madre!
ARDARICO. (Deteniéndose anonadado.)
Ah! Mi madre! Perdon!
ILDICO. (Dios mio! gracias!)
(Descansando de su lucha.—Pausa.)
ARDARICO. Ya no estoy solo: por la vez primera
el rutilar de un astro me acompaña.
Mi madre! Cuál colúmpiase en mi oido
la dulce vibracion de esa palabra!
Déjame verte: en tu segunda forma
complácese mejor la vista avara.
Déjame verte, que de cuatro lustros
la deuda está cumpliendo la mirada;
á tus maternos brazos las caricias
que el tiempo me robó piden mis ansias.
ILDICO. Oh! qué intentas?
ARDARICO. La madre lo pregunta?
ILDICO. (Voy á hacerme traicion!)
ARDARICO. Mas... cómo! Pálida
doblas la frente y en silencio gimes?
Oh! sospecha infernal!
ILDICO. De tí la aparta!
ARDARICO. No eres mi madre tú.
ILDICO. Lo soy; mas temo
que aun del hijo el contacto arroje infamia.
ARDARICO. Horrible duda! Si á mis ojos quieres
digna del nombre ser que me consagras,
sin vacilar hasta mi frente llega
y encima el labio pon: está sin mancha.
ILDICO. (Dios mio!)
ARDARICO. De otra suerte tu impostura
con tu propio silencio me declaras.
ILDICO. (Valor!) (Avanza hácia él con paso lento.)
ARDARICO. (Iré á perderla?)
ILDICO. (No, no puedo!)

Te he mentido!
(Despues de llegar hasta él y tras un esfuerzo inútil.)

ARDARICO. (Con profundo dolor.) Ah, cruel!

ILDICO. Mátame!

ARDARICO. Aparta!
(Con amargura, mas sin violencia.)
¿Qué me importa tu vida, si ha venido
la ventura á dar cuerpo á mis desgracias,
como brilla el relámpago en el cielo
para enseñar las nubes que le empañan?
No temas ya á mi enojo, que en la mente
la ilusion al pasar deja su traza.
Cuál te hubiera yo amado á ser mi madre
si el mentírmelo solo me desarma. (Pausa.)
Tus dias salvaré.

ILDICO. Tanta nobleza
la sangre acusa en tí de una gran raza.

ARDARICO. Fuí la tuya un momento y yo te pago
aprendiendo á ser digno de tu patria.
Torno á mi soledad y redimido,
(Tomando la mano á Ildico.)
mi mano sella de amistad la alianza.

ILDICO. Quién te enseñó á vengarte?
(Dándole la suya con gratitud.)

ARDARICO. Quién? Tu Iberia
al mandarme su aliento en una ráfaga.
Pero qué ven mis ojos? Este anillo!...
(Reparando en el que lleva Ildico.)

ILDICO. (Cielos! Perdida soy!)

ARDARICO. No temas; habla.
Quién te le dió? responde:

ILDICO. Mas...

ARDARICO. No mientas.

ILDICO. Un general romano.

ARDARICO. Escio se llama.

ILDICO. Escio?

ARDARICO. Sí; que del mundo agonizante

movido á compasion, la fiera saña
va á aniquilar de Atila, y desde Roma
la rebelion fomenta. De sus arcas
el oro te entregó.

ILDICO. Medita...

ARDARICO. Entiendo:
de mi lenguaje audaz la prueba falta;
este anillo labrado á par del tuyo
de testimonio sirva á mis palabras.
(Mostrando uno.)

ILDICO. Yo soy quien buscas. Mas ¿por qué tu brazo
vengador sobre Atila se levanta?

ARDARICO. Donde tiranos hay no se pregunta
por qué la libertad blande su espada.
¡Cómo el destino por extrañas artes
nos une en el deber!

ILDICO. Sí; mas repara
que el derecho de herirle no me usurpen;
es el precio que puse á mi embajada.

ARDARICO. En busca vuelo, pues, de mis parciales;
y acaso el nuevo sol vertiendo galas,
como brillar Judit lo vió en Betulia
su cadáver alumbre y tu venganza.

ILDICO. Pronto, corre, que el tiempo á mi impaciencia
no habrá dado jamás noche más larga.

ARDARICO. Parto. (Váse.)

ILDICO. Oh! las que llorais mujeres todas...
qué hermoso despertar tendreis mañana!

ESCENA III.

ILDICO, y á poco ZERCON, que aparece por una pequeña abertura practicada en el suelo junto á la roca.

ILDICO. En mi intranquila emocion
cada instante transcurrido
traducen por su latido
las fibras del corazon:

y á querer de la impaciencia
recoger mi pecho el fruto,
toda entera en un minuto
palpitára mi existencia.
Séres que perdidos lloro,
va á cumplirse vuestro plazo,
mas si vacilára el brazo,
prestadle ayuda, os lo imploro;
y para impedir quizá
que os cubra de odiosa afrenta:
—Ildico,—gritadme,—alienta!

ZERCON. Ildico, alienta! (Con voz apagada.)

ILDICO. ¿Quién va?

ZERCON. Yo.

ILDICO. Zercon! Respiro!

ZERCON. Qué!...
Temiste?...

ILDICO. Que fuera tarde.
Soñaba que era cobarde:
mas por fortuna soñé.

ZERCON. Pronto: esta oculta salida
que con mis manos abrí,
para llegar hasta tí,
robe al verdugo tu vida.

ILDICO. Me propones!...

ZERCON. El furor
de esos inícuos burlar.

ILDICO. Trajéronme á este lugar
mi hijo, mi esposo y mi honor,
¿y huyera en estos instantes
traidora siendo á los tres?
¿Si no he de hacerlo despues,
por qué me lo exiges ántes?

ZERCON. Evita su encono fiero.

ILDICO. Suplicas en vano.

ZERCON. Advierte...

ILDICO. Con la venganza y la muerte

hice pacto y las espero. (Pausa.)
Mas cuéntame. Desde el dia
funesto en que la desgracia
entró en nuestro hogar de Tracia
sembrando el estrago impía,
hoy solos por vez primera
logramos vernos. En dónde
su existencia mi hijo esconde?
¿Sabe que mi amor le espera
ó abriéronle acaso allí
junto á su padre la tumba?
Habla, aunque al dolor sucumba.

ZERCON. Escúchame atenta.

ILDICO. Dí

ZERCON. De tu esposo esclavo fiel
secundando la pujanza,
hallábame en la matanza
de aquella noche cruel;
cuando un grito dando Aspar:
—«Volemos, Zercon!—me dijo—
«la madre á salvar y el hijo
del incendio del hogar.»
Alas llevaron los piés;
pero al entrar nos hirieron
y esclavo y señor cayeron.

ILDICO. Ay, triste!

ZERCON. El señor despues.
Él allí encontró la muerte;
yo la busqué, pero en vano.
De pronto siento tu mano
la mia estrechar inerte,
y explicarte no sabré
mi extraño presentimiento;
pensé en el niño al momento
y halléme al momento en pié.
Tú, aunque exánime, la presa
disputábasle á un gelon;

yo al comprender tu afliccion
quise auxiliarte en la empresa,
pero mi sangre manaba;
lo angustia te consumía,
y en tan horrible agonía
el gelon se lo llevaba.
Siendo ya inútil luchar,
la guarnicion esculpida
por el fuego enrojecida,
ví del acero de Aspar,
y sobre el hombro desnudo
de aquel ángel inocente
la marca puso candente
de vuestro bético escudo.
Luégo al dolor sucumbí;
cautivo me desperté,
y aunque el mundo registré
jamás con su huella dí.
Pero tú!...

ILDICO. Qué me preguntas?
Acaso en mi faz no ostento
que á calmar voy el tormento
de todas mis horas juntas?
No adviertes en mi semblante
cierta feroz alegría
que nadie inspirar podría
sino Atila agonizante?
En tu pecho no retumba
la ronca voz de mi encono
al gritar que subo al trono
para ver mejor su tumba?

ZERCON. ¿Qué dices?

ILDICO. La rebelion
Roma protege, y hoy mismo
de la nada en el abismo
le arrojará la traicion.
Un gozo siento infernal

al pensar que en breve plazo
tendré un puñal en mi brazo
y su vida en mi puñal.

ZERCON. Mas si esta noche al festin
debe suceder la muerte?...

ILDICO. En él con distinta suerte
verá el monarca su fin. (Con misterio.)
Junto á la gruta de Athel
de la Pannonia en la vía
hay un pastor, un espía;
toma este anillo; con él (Le da el suyo.)
dueño del oro te harás
que reclaman los alanos,
y de Ardarico en las manos
sin tardanza lo pondrás.

ZERCON. Sí; mas salgamos los dos;
de convencerte no hay arte?

ILDICO. Cállate, ejecuta, parte,
y que nos proteja Dios. (Váse Zercon.)
No tiembles, mano, sé fiel
al vengar á los que gimen:
sí verter sangre es un crímen
no es un crímen verter hiel.
De la conciencia insensata
no acallo el grito severo;
cuando le pregunto: ¿Hiero?
siempre me responde: ¡Mata!
¿Quién? (Viendo á Atila.) (Mi víctima! Al furor
voy la máscara á poner.
Madre serás: sé mujer:
anda á ganarte el honor.

ESCENA IV.

ILDICO, ATILA.

ATILA. Reposo dando á la ficcion funesta

que aquí me impuse de mi pueblo en nombre
del monarca la púrpura depuesta,
su pequeñez mostrando, llega el hombre.
¿Es cierto, dí, que en la ilusion te meces
de mi sangre verter?

ILDICO. (Con fingida dulzura.) Qué me preguntas?
Si á la fe del oráculo obedeces,
mí respuesta y tu fe no caben juntas.

ATILA. Jamás la conocí. Piensas que al hado
mi indiferente condicion perdona?
Un adorno es mi fe que entrelazado
en el cerco encontré de mi corona.
Mas responde: es verdad que de mi muerte
sólo el anhelo tu conducta guía?

ILDICO. Y para qué inquirirlo?

ATILA. Por poderte
libertar del horror de la agonia;
porque en mi duro pecho con violencia
el amor encendiste con tus gracias.

ILDICO. Qué importa que se apague mi existencia
si al hacerme tu esposa el amor sacias?

ATILA. Importa, sí, que de letal quebranto
el corazon sucumbe bajo el peso,
y en tí no busco el voluptuoso encanto
que sólo dura el palpitar de un beso.
Vuela tan alto el pensamiento mio,
que sordo del placer al eco inmundo
paréceme que aliento en el vacío,
en el cual sólo tú formas mi mundo.

ILDICO. Tanto me amas?

ATILA. Oh! sí: fundo mis goces
en tu imágen soñar con rudo empeño:
quiero á veces vivir; me llamo á voces,
pero en mí ya no hay vida; todo es sueño.
Ámame por mi amor, no por venganza
sacrifiques tu ser y mi ventura.
Tu enojo al fin depon.

ILDICO. ¿Y quién me lanza
el estigma feroz de esa impostura?
ATILA. Los oráculos.
ILDICO. Mienten.
ATILA. ¿Y el encono
con que en tu faz brillando la delicia
las gradas escupiste de mi trono
al ir á Italia á demandar usticia?
ILDICO. ¿Y cómo tú, para quien nada existe
secreto ante el poder de la mirada,
en mí el dolor de la mujer no viste
que se cree siendo amante despreciada?
ATILA. Qué prefieres? Repítelo: mi anhelo
entre la duda y la verdad vacila.
ILDICO. Pues ver te impide del pudor el velo,
yo le rasgo á tus ojos: te amo, Atila.
ATILA. Que me amás escuché? Supremo instante.
(Extasiado.)
Oh! si tú el corazon verme pudieras!
Mas ¿qué es esto que abrasa mi semblante?
ILDICO. Lágrimas! (Mirándole bañado.)
ATILA. (Secándoselas avergonzado.)
Es la verdad. Son las primeras.
Extraña condicion, que de quebranto
se disfrace el placer. Yo no sabía,
hasta que al ser feliz corrió mi llanto,
que tambien hay dolor en la alegría.
ILDICO. Agitadas confúndense las heces
cuando su cáliz la pasion apura.
Si supieras, Atila, cuántas veces
se traduce en sonrisa la amargura!
ATILA. Ildico mia! (Tratando de estrecharla entre sus brazos.)
ILDICO. (Cruzando los suyos sobre el pecho.)
Si por él no alientas,
por qué amor me juraste, fementido?
ATILA. De él dudas? (Teniéndola estrechada.)
ILDICO. Sí, porque matarlo intentas

de un beso con el último latido.
¿Esclava ó reina soy?

ATILA. Reina y señora.

ILDICO. Pues déjame ser digna de mi altura.

ATILA. Del insensato afan que me devora,
no me culpes á mí, sí á tu hermosura.

ILDICO. Harás que estrecha cuenta te demande
de lo que iluso llamas tu heroismo:
no digas que venciste nada grande
faltando que te venzas á tí mismo.

ATILA. Qué falta?

ILDICO. Nada. Á tu valor me postro.
(En el colmo de la alegría.)

ATILA. Esta noche por fin, esposa mia...

ILDICO. (Esta noche matar!) (Con alegría.)

ATILA. Vuelves el rostro?

ILDICO. (Con aparente rubor.)
Trataba de ocultarte mi alegría.

ATILA. Cómo busca el espíritu agitado
colocarse á nivel de tu belleza!
Cuando vuelvo la vista á mi pasado
le hallo mezquino ante mi actual grandeza.
Trono y conquistas y poder y gloria
átomos son no más que barre el viento;
cien mundos lleno yo de tu memoria
con cada pulsacion del pensamiento.
Impónme el sacrificio más terrible
y al punto tu ambicion verás colmada.
Pídeme algo gigante, algo imposible:
vivir sin batallar: rompo mi espada.

ILDICO. Eso jamás: si mi pasion despiertas,
si estrechar ambiciono nuevo lazo,
si al entusiasmo al fin abrí las puertas,
¿de quién es hijo todo? De tu brazo.
De ese brazo sin par, cuya pujanza
se recrea del orbe en el martirio;
porque tu sed de sangre y de matanza

la siento yo tambien.

ATILA. (Con salvaje gozo) ¿Sí?

ILDICO. Es mi delirio.
Cuánto debeis gozar en el instante
de ver la presa á vuestros piés rendida,
consultando el puñal como un cuadrante
que el límite encerrára de su vida!
(Atila la escucha con interés creciente.)
Y al clemencia pediros y negarla!...
y al ahogar en insultos su lamento!...
y la mano al crispar, y al levantarla!
y el momento de herir? Ese es momento!

ATILA. Y es tanto tu valor, que del acero
no oscilára al sentir el choque duro?

ILDICO. Si llega la ocasion, como lo espero,
tú mismo juzgarás, yo te lo juro.

ATILA. Tiemble la tierra, y á nutrir con llanto
de dos sañas se apreste el apetito.
Si sóbrio me temió, ¿qué hará en su espanto
al saber que un banquete necesito?
Mas... corro á confundír en mis desprecios
de esa inmunda canalla la insolencia.
Con qué placer á los augures necios
arrancaré el perdon de su sentencia!
Fuerza es al fin partir, Ildico bella!
(Llegando á ella con los brazos abiertos. Ildico para evitarlo se deja caer de rodillas.)

ILDICO. Á tus plantas, señor, mira á tu esposa.
Vida le das.

ATILA. Porque mi aliento es ella.

ILDICO. Parte.

ATILA. Alas llevo. Adios!

ILDICO. Adios.

ATILA. (Qué hermosa!)
(Váse Atila sin dejar de mirar á Ildico, que á su vez finge seguirle con enamorada vista.)

ILDICO. Corre, que tu existencia en el ocaso

el tibio resplandor último vierte:
corre, que cuanto más vuela tu paso
más deprisa te acercas á la muerte.

ESCENA V.

ILDICO, ARDARICO, ZERCON, VALAMIRO, TEODOMIRO, VIDEMIRO.

ZERCON. (Á los que le siguen.)
Entrar podeis; ya partió:
Ildico, los conjurados.
ILDICO. Ah!
TEODOMIRO. Salud!
ILDICO. Salud á todos,
mis amigos, mis hermanos.
ARDARICO. Dí; contra cualquier sorpresa
prevenidos nos hallamos?
ZERCON. Seis hombres á la salida
de la gruta hay apostados
y dos acechan ocultos
en la mina del palacio.
Ademas, si en las tinieblas
hay que explorar, yo me encargo.
Mis ojos son dos antorchas.
ARDARICO. Pues el tiempo no perdamos
y cuentas demos del oro
que han recibido los campos.
Roma en Ildico está aquí
y Roma es tambien del pacto.
(Siéntase en el suelo alrededor del escabel de Atila.)
Reyes todos sometidos
de Atila al potente brazo,
de su afan juguete somos,
de su poder tributarios.
Su odio nos lanzan los pueblos
al odiar á ese tirano,
y por corona ceñimos
el vil dogal del esclavo.

Á hacer añicos el yugo
van hoy por fin nuestras manos.
Quereis ser libres?

TEODOMIRO. Sí! sí!

ARDARICO. Jurais venganza?

TEODOMIRO. Juramos!

ARDARICO. Pues bien, de la rebelion
este es el plan, escuchadlo.
Mientras en festin nupcial
el rey y los dignatarios
solemnemente esta noche
nos hallemos congregados,
las auras de independencia
vendrán el rostro á besarnos:
del cuervo al primer graznido
que imitarán los alanos,
sabreis que ya somos dueños
de la guardia del palacio.
Dado el alerta, esperad
que suene de nuevo el canto;
entónces es que los gépidas
tienen el burgo cercado,
y que rujos y ostrogodos
al trotar de sus caballos,
baten á las hordas hunas
sorprendidas en sus barrios.
Ese es el momento: caiga
cuanto nos impida el paso,
y al frente de las legiones
ó triunfemos ó muramos.

ARDARICO. Y quién al Rey ha de herir?

TEODOMIRO. Deja esa empresa á mi cargo.

VIDEMIRO. No; que la suerte decida.

ARDARICO. Ved que os afanais en vano.
Roma reclama ese honor.

VALAMIRO. Quién lo llenará?

ILDICO. Mi brazo.

TEODOMIRO. Tú?
ILDICO. Yo!
VIDEMIRO. Una débil mujer?
ILDICO. Judit lo fué en igual caso.
TEODOMIRO. Mas si á su fuerza sucumbes...
ILDICO. He dicho que mato... y mato!
ZERCON. No temais: mi prevision
se lo entregará postrado.
TEODOMIRO. Cómo!
(Se oye un silbido y todos se ponen en pié.)
ARDARICO. Pero esa señal...
TEODOMIRO. Una sorpresa!...
VALAMIRO. Partamos.
ARDARICO. Pronto: apagad esa antorcha.
(La apaga uno de ellos, quedando la escena en completa oscuridad.)
ZERCON. (Se acerca al fondo.) Un momento: no oigo pasos.
Ilusion sin duda fué.
ARDARICO. Tal vez, pero hablemos bajo
y á esta agitada asamblea
demos fin en breve plazo.
¿Decías?...
ZERCON. Que cual copero
del monarca, yo los vasos
custodio de que él se sirve,
en tosco leño vaciados,
y un narcótico mortal
en el fondo he derramado
que esta noche en el festin
irá su ser devorando.
ILDICO. Mas si es mortal, mi venganza
llegará tarde. Impidamos
que ese licor acreciente
en vez de enjugar mi llanto.
ZERCON. Escucha, aunque no hay antídoto
contra su terrible estrago,
tarda es la muerte en llegar,

mas la víctima al letargo
rinde las fuerzas y entónces...

ILDICO. Ah! Comprendo!...

ESCENA VI.

DICHOS, ATILA.

ATILA. La he salvado!
Qué tinieblas!

ILDICO. Á luchar!

ATILA. (Á luchar?)

ILDICO. En breve espacio
vuestras penas y las mias
para siempre habrán cesado.

ATILA. (No está sola?)

ILDICO. Piensa iluso
que amor en mi pecho guardo
y que á compartir un trono
voy de sangre salpicado.
Oh! no: la suya á raudales
verteré con odio insano.
(Atila palidece de coraje.)
Y el hierro al blandir...

ZERCON. El Rey!
(Tapándola la boca con la mano y con un horroroso y apagado grito. Terror general, que se traduce por una inmovilidad completa.)

ARDARICO. Perdidos somos.

VIDEMIRO. Huyamos!

ILDICO. Venid; vuestro acento ahogad.

ATILA. (Miserables! Hablan bajo!
Me han descubierto!)

ZERCON. Seguidme.
(Llevándolos á todos por la abertura.)

ATILA. (Crujen armas!) Ah del antro! (Dando gritos.)
Pronto! Antorchas! Aquí gente!
Ah del Rey! Ah del palacio!

(Suena el crujido de las armas por la abertura.)
Te hallaré.
(Ardarico, que pasó el último, retrocede con Ildico de la mano al ruido de las armas.)

ARDARICO. (Las armas chocan!)

ZERCON. (Ap. á Ildico y Ardarico, entrando por la abertura.)
(No os movais, que peleando
nuestros parciales están;
pues sorprendidos se hallaron
al salir, por una guardia
de acatriras y hunos blancos.)

ARDARICO. (No hay remedio.)

ATILA. Te hallaré;
conduce el furor mis pasos.

ARDARICO. (Blande al puñal y dice aparte á Zercon sin ser oido de Ildico, cuya mano suelta.)
Zercon, es fuerza matar:
Tú que ves, llévame el brazo.
(Zercon le toma de la mano armada y juntos van hácia Atila.)

ATILA. (Por aquí siento pisadas!)

ILDICO. (Dó están?) (Buscándolos.)

ARDARICO. (Ap. á Zercon.) (Al pecho.)

ATILA. (Llamando.) Soldados!
Ninguno acude?

ZERCON. (Guiando la mano de Ardarico.) Ahora hiere!
(Ardarico asesta un golpe al pecho de Attia, pero el puñal se rompe sin herir.)

ATILA. Miserable!
(Le derriba al sentirse atacado y le sujeta con una fuerza hercúlea.)

ZERCON. (Mirando el puñal.) (Roto!)

ATILA. ¿Acaso
contra asesinos mi cota
no templé?

ILDICO. (Qué oigo! Ya alcanzo!...)

ATILA. Un hombre!...

(Tratando de reconocer por el tacto á su asesino.)
Quién eres? dí.

ZERCON. Silencio! (Ap. á Ardarico.)
(¡Y yo desarmado
estoy!)

ILDICO. (Me vendieron!)
(Desesperada al comprenderlo todo.)

ZERCON. (Ildico! (Ap. á ella.)
Tu puñal.

ILDICO. Si el tuyo aguardo!

ATILA. No me respondes? Pues bien; (Á Ardarico.)
mientras al verdugo traigo
para enseñarle quién eres,
con este sello te marco.
(Desnuda su puñal y se lo deja clavado en el lado izquierdo.)
Reyes, sacerdotes, pueblo...
Cuándo Atila llamó en vano?
(Váse dando desaforados gritos.)

ESCENA VII.

ILDICO, ARDARICO, ZERCON.

ZERCON. Ven en su auxilio: le hirió.

ILDICO. Muerto?

ARDARICO. No, desesperado!

ILDICO. Va á volver.

ZERCON. Pero esta herida?...

ARDARICO. Qué importa? Primero huyamos.

ZERCON. Es imposible! Aún combaten.

ARDARICO. Pues aguardémosle impávidos,
y al entrar, á nuestras plantas
cadáver caiga el tirano.

ZERCON. No hoy más acero que el tuyo
y hecho yace aquí á pedazos.

ARDARICO. Aún tenemos este.

ZERCON. Ah! sí!

ARDARICO. Del hombro al momento arráncalo,
que en su desnuda garganta
de hundirlo en la sed me abraso.

ILDICO. Sublime ardor, pero inútil:
le cubrirán sus soldados.

ARDARICO. Las vestiduras destroza.
(Zercon las desgarra y arranca el puñal.)

ZERCON. Bien se conoce su mano.
Mas cielos! Qué ven mis ojos?

ARDARICO. Qué es ello?

ZERCON. No estoy soñando.

ILDICO. Habla!

ZERCON. El escudo de Aspar
sobre su espalda grabado!

ILDICO. Mi hijo!

ARDARICO. Qué escucho?

ATILA. (Dentro.) Seguidme!

ILDICO. Ah, Zercon! sálvalo! sálvalo!
Me lo viene á arrebatar
cuando de encontrarle acabo!

ZERCON. Mas cómo?... (Buscando el medio.)

ARDARICO. Madre!

ATILA. (Dentro, más cerca.) Venid!

ILDICO. Hijo, no busques mis brazos,
que aquí cuando el gozo asoma,
ve al horror y huye espantado.

ZERCON. En esa abertura escóndete,
y cuando lleguen al antro,
sal como si tú con ellos
descendieras del palacio.
Toma y cúbrete.
(Dándole una especie de capote que lleva cruzado en bandolera.)

ILDICO. Zercon!...
Pero y despues?

ZERCON. Los cristianos
miran al cielo y esperan.

ATILA. Ildico! (Más cerca.)
ILDICO. Verdugo!
ZERCON. Vamos!
(Llevándole á la abertura y desapareciendo por ella con él.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ATILA, seguido de multitud de soldados, con las espadas desnudas y teas encendidas.

ATILA. Ildico... No, cruel; ese es tu nombre.
Cabe en tanta beldad tanta impudencia?
Pero sola te encuentro y busco á un hombre.
¿Dónde está ese traidor?
(Zercon, al oir la pregunta de Atila, sale de la abertura, recatándose de los soldados y clavándose en el hombro izquierdo el puñal que arrancó á Ardarico, se presenta con los brazos cruzados á Atila.)
ZERCON. En tu presencia!
(Movimiento general. Ildico y Atila abundan en el mismo asombro, aunque con diferente órden de ideas.)
ATILA. Tú fuiste?
ZERCON. Hable el puñal.
ATILA. Este es mi acero. (Pausa.)
Á mis bodas te invito y á tu muerte.
Provoca, histrion, mis carcajadas; quiero,
pues tu sangre me das, corresponderte.
(Zercon hace un signo de desprecio.)
Y tú á libar el adorante cámos
ven, que el momento de tu fin retarda.
(Á Ildico.)
Alumbrad á la víctima! (Á los soldados.) Partamos.
El funeral banquete nos aguarda!
(Abren paso, y Atila, llevando de la mano á Ildico y seguido de Zercon, gana el fondo á la cabeza del cortejo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La esplanada del palacio de Atila. Un toldo multicolor, colocado á grande altura, se halla sujeto á las copas de los árboles, formando una especie de tienda que oculta el fondo, en el que se ven dos aberturas practicables. La vasta extension de este recinto se halla rodeada de pequeñas mesas, separadas entre si y provistas de los asientos correspondientes, para que en cada una quepan de cuatro á cinco personas. En el centro un estrado y la mesa y el *thálamus* de Atila. Éste y todos sus dignatarios toman parte en el festin. Detrás de cada convidado habrá en pie un copero con un vaso de oro ó plata, siempre servido. Zercon llena este cometido junto al Rey. Los esclavos con caprichosos trajes que acusen sus diferentes razas, colocan sobre las mesas grandes platos de metal precioso, cargados de manjares. La vajilla y los vasos de Atila son de madera. Sentados sobre los ricos tapices, á un lado del proscenio, esperan el turno de sus espectáculos, el escaldo ó poeta huno, los soldados, provistos de sus escudos para acompañarse en el canto, y las esclavas bizantinas con sus ropas talares más vistosas, pero semejantes á las usadas por las *almés* egipcias. Multitud de flameros y antorchas sujetas á los árboles, iluminan la escena. Al levantarse el telon aparecen en primer término dos luchadores que acaban de dar fin al ejercicio, por lo que veráse al vencido derribado y al vencedor poniéndole el pie sobre el pecho. Todos aplauden frenéticamente lanzando alaridos descompasados, y en su fisonomía y ademanes se observa el efecto de una desenfrenada embriaguez.

ESCENA PRIMERA.

ILDICO, ATILA, ARDARICO, ZERCON, VALAMIRO, VIDEMIRO, TEODOMIRO, el ESCALDO, SACERDOTES, SOLDADOS, ESCLAVOS, COPEROS, etcétera.

ATILA. Honra de ese titan al rudo empuje!
Gloria del vencedor, al brazo fuerte!
Un vaso de Medoc, veinte Filipos
y la manumision su esfuerzo premien.
(Todos aplauden. Los luchadores se retiran.)
Nosotros á beber, que si en la sombra
quísome herir la ingratitud aleve,
de mi justa venganza el espectáculo
servirá de esplendor á mi banquete.
(Toma la copa de manos de Zercon y la apura, dirigiéndose á sus dignatarios.)
¡Por vosotros!

TODOS. Por tí.
(Tomando las suyas de los coperos y devolviéndoselas despues de vaciarlas, para que escanciando de nuevo, las tengan prontas para una nueva libacion.)

ARDARICO. (Ap. á los reyes, que están á su lado.)
¿Cómo pudísteis
la gruta abandonar?

TEODORICO. (Ap. á Ardarico.) (Dejando inertes
á aquellos miserables.)

ARDARICO. (Id.) (Mas... ¿dispuesta
la rebelion está?)

VALAMIRO. (Ap. á Ardarico.) (Veráslo en breve.)

ATILA. ¿Es de fuego la atmósfera esta noche?
Qué terrible sopor! Dadme otro ambiente.
(Varias esclavas, con grandes abanicos de plumas, agitan el aire.)

VIDEMIRO. (Ap. á los reyes.)
(Del tósigo mortal ya los efectos
que predijo el parásito se advierten.)

ATILA. No os detengais: en eslabon contínuo
la cadena tejed de los placeres.
Los cantos entonad de la Germania
y á Bizancio sus danzas nos recuerden.
(Los soldados entonan un canto á voces solas, apoyando el borde superior de sus escudos contra el labio inferior á usanza de los germanos, que se valían de este medio para dar una vibracion particular al sonido, y las esclavas bizantinas ejecutan á su compás una danza en la que, el movimiento de los piés, casi invisible, por sus ropas talares, es sustituido por una voluptuosa agitacion de todo el cuerpo, que se termina en un desenfreno vertiginoso. Todos aplauden con entusiasmo.)
La libacion repítase... Mi copa! (Tomándola.)
No deis tregua al placer. Escancia, imbécil!
(Á Zercon.)
Dignatarios y pueblo: en las batallas
ó vencer ó morir. (Apurando su copa.)

TODOS. (Haciendo lo propio.) Victoria ó muerte!

ATILA. Escaldo, avanza. Al prodigioso númen
dile que inspiracion vierta á torrentes.
El suspiro apagad; todo enmudezca:
sólo su acento los espacios llene.
(Todos se imponen silencio y escuchan con avidez. El Escaldo gana el centro, y en una actitud inspirada entona con gran fervor el siguiente himno:)

ESCALDO. Cual su melena lanzada al viento,
de sus rugidos marchando al son
y de matanza su diente hambriento,
la vírgen selva cruza el leon;
al sol retando su audaz pupila,
sangre pidiendo su espada y él,
la fértil tierra devasta Atila
ciñendo el flanco de su corcel.
Cuando los hunos en son de guerra
su aliento aspiran batallador
y al entusiasmo que el pecho encierra

se forja el rayo de su valor,
nubes parecen que cual montañas
por los espacios rodando van,
llevando antorchas en las entrañas
y por quejidos el huracan.
La lucha empieza; las rizas crines
el bruto azota contra el arnés,
cuando al estruendo de los clarines
suelta la brida parten sus piés;
mientras los dardos vertiginosos
del cielo rasgan el leve tul,
como esos astros que luminosos
llenan de surcos el aire azul.
(Imitando con la accion el correr de las estrellas erráticas.)
Ya confundidos los escuadrones
la muerte avanza del hierro al son,
y sobre vidas hechas girones
sangriento callo planta el troton.
Y entre las llamas y entre los ecos
de los gemidos avanza Athel,
á quien el triunfo sobre los flecos
de su bandera puso el laurel.
Como del campo la sed ardiente
gota de lluvia viene á templar
y entre sus venas se cambia en fuente,
de fuente en rio, de rio en mar:
de Escitia á Italia tejiendo un lazo,
el culto á Persia llevó de Arés;
miró á Occidente, tendió su brazo
y el mundo, Atila, rindió á sus piés.
(Todos aplauden frenéticamente. El Escaldo se retira. Atila avanza, dejando ver desde ahora hasta el momento de su postracion absoluta los efectos progresivos del veneno.)

ATILA. Bien me cantaste; yo soy
quien ejerce ese dominio;
yo, que siembro el esterminio
por donde quiera que voy;

porque con mi saña acerba
peso tanto en mi caballo,
que allí donde él pone el callo
no vuelve á crecer la yerba.
Pero... Este extraño sopor
que me embarga los sentidos...
Mis miembros entumecidos
van perdiendo su vigor,
y tan confusa acudir
siento la idea á mi mente,
que le pregunto al presente
si es pasado ó porvenir.
Sois vosotros, no es verdad,
los testigos de mis bodas?
Pero ¡qué caras! En todas
se pinta la gravedad.
Deponedla de una vez
dando entrada en vuestro seno
al sublime desenfreno
de la hermosa embriaguez.
Miradme á mí: yo que hinqué
veinte reyes de rodillas
y al pasar setenta villas
á las llamas entregué;
yo, que al odio universal
la espada desnuda opongo,
yo, Atila, el cetro depongo
por el tirso bacanal.
Librando al dolor batalla
del vértigo en los confines
eclipsemos los festines
de Neron y Caracalla:
devoremos los instantes
hasta agotar el licor
al frenético clamor
de sátiros y bacantes;
y entre música sonora,

los labios de amor felices
empañando los matices
de las perlas de Basora,
cuando del sueño al compás
sus alas pliegue la orgía
soñémosla todavía
porque se prolongue más.
Resuene un himno en mi honor
que la tristeza destruya.
Esposa, la vez es tuya:
canta ¡oh cisne! tu estertor;
inspira tu pensamiento.
(Óyese un formidable graznido. Atila se interrumpe. Los demas dejan ver en su semblante la diferente impresion que les produce.)
Mas... ese ruido?...

LOS REYES. (Entre sí.) El alerta!

ILDICO. (Ap.) Despierta, valor, despierta,
que se aproxima el momento!

ATILA. Fué un graznido! Es singular
cómo el cuervo inteligente
el fin sangriento presiente
que voy al festin á dar.
(Mirando á Ildico y á Zercon.)
Fué prevision!

ILDIEO. Mucha! Mucha!

ATILA. Ya que el morir no te espanta,
no te detengas y canta.

ILDICO. Pues tú lo quieres, escucha.
En un extenso confin
como el que tu mano abarca,
cual tú, un excelso monarca,
como este honraba un festin.
Era el banquete nupcial;
el rey, como tú, tirano,
el esplendor soberano,
la embriaguez infernal.

De pronto las ricas galas
que envolvian al protervo,
llenó de sombras un cuervo
con el manto de sus alas;
y al lúgubre y triste son
que produjo en el palacio,
se heló el aire del espacio
al miedo del corazon.
—«¿Á quién buscas de esta suerte?...»
preguntó el monarca grave.
—«¿Quién te trajo?»—Y dijo el ave
con un graznido:—«La muerte!»
Y á todos aquel acento
sumiendo en letal desmayo,
para no atraerse el rayo
todos ahogaron su aliento.
La víctima al fin marcó
el capricho omnipotente,
y tanta cobarde frente
su fiereza recobró;
sólo el ave carnicera
batiendo las densas brumas,
volvió á agitar de sus plumas
la tremolante bandera;
y ante la atónita grey
de aquellos podridos seres
al gritarla:—«¿Á quién prefieres?»—
respondió sañuda:—«Al Rey!»
(Señalando á Atila. Asombro general.)

ATILA. ¿Al Rey? Necio es tu furor!
Mi carcajada te advierte
que no has de vengar tu muerte
despertando mi terror.
Te juro que no verás
tu prediccion satisfecha.
Voy á mandarle una flecha
para que no cante más.

ESCENA II.

LOS MISMOS, el SOLDADO 5.°, trayendo maniatado á FLAVIO.

SOLDADO. Plaza!
ATILA. Á quién?
SOLDADO. Á este traidor,
que sirve á tierras remotas
de espía, bajo sus rotas
vestiduras de pastor.
ILDICO. (Flavio!) (Reconociéndole ap.)
ARDARICO. (Id. á los Reyes.) (Si habla nos perdemos!)
ATILA. ¿Qué prefieres? (Al Soldado.)
SOLDADO. Yo le he visto
predicar la fe de Cristo,
y en los cuarteles extremos
el oro verter cuitado;
y, Rey, cuando el oro brilla,
ni el muro guarda la villa
ni tiene escudo el soldado.
Un formidable graznido
hace poco el viento hirió;
el cuervo lo cacé yo, (Por Flavio.)
ahora tú sorprende el nido.
ATILA. (Mirando á Ildico y á Zercon.)
Descubrir juzgo el arcano
que su vil conducta encierra.
Cuál es tu patria? (Á Flavio.)
FLAVIO. La tierra!
ATILA. Tu nombre, infame?
FLAVIO. Cristiano!
ATILA. (Con furor creciente.)
No tienes cómplices?...
FLAVIO. Sí.
ARDARICO. (Ap.) (Nos vende!)
ATILA. (Presentando á Ildico y á Zercon.)
Son estos?...
FLAVIO. No!

ATILA. Dónde están?
FLAVIO. Dónde iré yo
cual víctima tuya. Allí. (Por el cielo.)
ATILA. (Fuera de sí.) Donde cantaste darás
tu ¡ay! postrimero al espacio;
(Al Soldado.) pero matadle despacio,
á fin de que muera más.
Tú, Zercon, la misma suerte
vé á correr.
ILDICO. (Ap.) (Ah!)
ARDARICO. (Id.) (Se perdieron!)
ATILA. Los que el crímen compartieron
que se repartan la muerte.
ILDICO. (Ap. á los Reyes.)
(Es fuerza salvarlos.)
REYES. (Ap.) (Sí!)
ARDARICO. (Ap.) (Mas no han repetido el canto.)
Salid vosotros; yo en tanto
ganaré instantes aquí.
ATILA. (Á los Reyes.) Marchad á imponer mis leyes
pero ved que en mi furor
cada soldado traidor
cuesta la cabeza á un rey.
ARDARICO. (Á Atila.) Ántes de que á tu sentencia
dé el verdugo cumplimiento,
presta á solas un momento
á mis palabras audiencia.
ATILA. (Al séquito.) Salid. Pero el sacrificio
disponed en el palacio.
Hay que orear este espacio
con la sangre del suplicio. (Retíranse todos.)

ESCENA III.

ATILA, ARDARICO.

ARDARICO. Puesta en el polvo la frente
llamando á tu compasion

vengo á implorar el perdon
de una víctima inocente;
pues del crímen la doblez
más á la justicia insulta
cuando en los pliegues se oculta
del manto augusto del juez.

ATILA. No alcanzo por quien tu boca
prorumpe en gritos de gracia.
Si es por Ildico, tu audacia
se estrella contra una roca.
La muerta ilusion que escondo
abrió abismo tan profundo,
que en él despeñóse el mundo
y aún rueda sin hallar fondo.
Mi esperanza hundió en el lodo.
Justo es vengarme. Que muera!

ARDARICO. Y si te amase?

ATILA. (Arrebatado por la esperanza.) La diera
mi perdon, mi cetro, todo.
(Con ansiedad creciente.)
Mas ¿es por Ildico amante
por quien tu clemencia imploras?
Responde.

ARDARICO. No.

ATILA. (Con profundo sentimiento.) Cuántas horas
de ansiedad tiene un instante!
Qué vida defiendes? Dí.

ARDARICO. La de Zercon.

ATILA. Mi asesino?
Si no estais loco, imagino
que haces escarnio de mí.

ARDADICO. No fué tu esclavo el que alzó
su puñal contra tu pecho.

ATILA. Quién entónces? (Asombrado.)

ARDARICO. (Ap.) (Aún no han hecho
la señal!)

ATILA. Su nombre.

ARDARICO. Yo.
ATILA. Mientes! (Recordando que vió á Zercon herido.)
ARDARICO. Qué mano homicida
de esta mano el golpe iguala?
(Adivinando la duda de Atila y abriendo sus vestiduras para dejarle ver la herida. Atila la observa.)
ATILA. Sí! Me acusa el ay que exhala
la ancha boca de esa herida.
(Brota en Atila la primera sospecha de celos.)
Tú asesino? Y con qué intento
diste abrigo á tal demencia?
ARDARICO. Por librar una existencia
que es de mi existencia aliento.
ATILA. Por Ildico? (Estallando.)
ARDARICO. Sí. Á su suerte
mi egida ferrada puse.
Ví á la muerte y me interpuse
entre la vida y la muerte.
ATILA. Cuando la gloria del trono
la artera traicion disputa,
vencida la sierpe astuta
la desprecio y la perdono;
mas cuando el crímen de amor
viene á usurparme el dominio,
no me basta el exterminio
de que es un rey posesor.
Quisiera ser Dios, crear,
y ambas potencias unidas,
matar, para dar cien vidas
y volverlas á quitar.
ARDARICO. Calla!
ATILA. (Desenvainando su acero y amenazando á Ardarico.)
El enojo recibe
que mi indignacion destila.
ARDARICO. Ildico es mi madre, Atila.
ATILA. Ah! Tu madre! Entónces vive.
(Como asaltado por una idea que le infunde la esperanza

de ser amado de Ildico.)
Dí: te ama mucho? (Prosiguiendo en su idea.)

ARDARICO. No alcanza
ningun amor tanto extremo.

ATILA. (Ap. con la mano en el corazon.)
Siento aquí una voz y temo
que pueda ser la esperanza,
pues aprendí por mi daño
qué en lucha de amor maldita
cuando una esperanza grita
es que aborta un desengaño.
(Llamando á varios guardias, que se presentan.)
Guardias! Á este rey traidor
en prisiones custodiad:
dése á Zercon libertad
y muerte lenta al pastor.
Á la reina prevenid
que hablarla á solas intento.
(Á Ardarico.) Todo pende de un momento.

ARDARICO. Le espero ansioso.

ATILA. Salid.
(Vánse Ardarico y los guardias. Atila no puede dominar su impaciencia.)
Choca el ariete en el muro,
piedras el hierro traspasa,
mas no hay quien rompa la gasa
que nos vela lo futuro.
¡Robárale al tiempo instantes!
(Ve á Ildico junto á sí; cambia de idea y dice aparte.)
Y ahora clavara sus piés,
pues son recuerdos despues
las que esperanzas son ántes.

ESCENA IV.

ATILA é ILDICO, al final FLAVIO, dentro.

ATILA. Rozando el borde de tu propia huesa

(Con temor y ansiedad.)
y el vacilante pie sobre ella puesto,
mide mi voz lo que áun callando expresa:
ámame y eres libre. (Pausa.)

ILDICO. Te detesto.

(Atila al oir á Ildico reprime su dolor; pero al fin estalla con la pérdida de su última esperanza y dice con lágrimas de desesperacion.)

ATILA. Y á mí me llaman rey! Cálidas, lentas,
en vano ahogar mis lágrimas ensayo!...
lluvia son que del alma en las tormentas
manda el dolor á preceder al rayo.
Precio al término pon de tanto encono.
Habla; á tu voluntad me rindo inerme.
Para elevarse en tu cariño un trono,
qué le exiges á Atila?

ILDICO. Merecerme.

ATILA. Si merecer es signo de victoria,
mira y responde si el laurel no es mio:
(Irguiéndose.)
en pie estoy bajo el peso de la gloria
(Arrodillándose.)
y á tus piés bajo el peso del desvío.

ILDICO. Te engañas; de tu vida en la penumbra
ves coloso al reptil. Aprende, Atila,
que el fuego del amor llama es que alumbra
y tu grandeza es fuego que aniquila.
De tí propio enemigo es tu renombre;
lazos de maldicion por él te oprimen.
Yo no aborrezco á Atila por el hombre;
le execro como espíritu del crímen.

ATILA. (Tras breve lucha y decidiéndose por la amenaza.)
Cederás por la fuerza. Á mi pujanza
¿qué eres? Átomo vil que el mar azota.

ILDICO. Cuando hasta el cielo el mar sus ondas lanza
se hunde el bajel, pero la arista flota.

ATILA. Yo sé las rocas convertir en llanos.

Ya no imploro tu amor, tu amor exijo.
La vida de Ardarico está en mis manos:
un cetro te vendí, cómprame un hijo.
(Ildico lanza un grito, mide á Atila con la mirada y le dice con arrebato frenético.)

ILDICO. Que aún puedo odiarte más dice ese pacto.
No hay fuerza, Atila, que á tu fuerza cuadre.
Hasta mi odio es fecundo á tu contacto;
estéril te le dí, le has hecho madre.
(Ap.) (Es preciso matar.)

ATILA. (Siempre alimentando una esperanza.)
Qué me respondes?

ILDICO. Que mi vida vendí por el desprecio;
mas ya que avaro mercader escondes,
la suya doy tambien. Te doblo el precio.

ATILA. (Conduciéndola á uno de los lados de la tienda para mostrarle el sacrificio de Flavio.)
Pues ven y mira. (Á los que se suponen fuera.)
Empiece el sacrificio!
(Á Ildico.) Sigue de ese pastor la angustia lenta,
finge al ser de tu ser en el suplicio
y amor pronuncia aunque tu labio mienta.

ILDICO. Te execro!

ATILA. (Fuera de sí.) Basta!
(Á los de fuera.) Que el empuje rudo
del tormento prolongue su agonía.

VOZ DE FLAVIO. César, voy á morir, yo te saludo.
El ay recoge que mi voz te envía.
(Suena el canto del cuervo. Principian en lontananza los gritos de la insurreccion, que irán en aumento hasta el fin de la obra.)

ILDICO. (Ap.) (La señal!) (En el colmo de la alegría.)

ATILA. (Mirando afuera.) Mas... ¿dó van mis escuadrones?
Qué indica ese crugir de los aceros?

ILDICO. Es que arrastran tu púrpura á girones
al compás de tus ayes lastimeros.

ATILA. Maldicion! Con mi espada rutilante

corro ante la traicion á abrirme paso.
Mientras dura del sol el curso errante
es el rey de la luz hasta en su ocaso.
(Blande su espada, pero al esgrimirla cae postrado en el suelo, presa del tósigo. Ildico le mira iusultante y desnuda un puñal que lleva oculto.)
Mas... qué es esto? Mi empuje me abandona!
Circula por mi frente un sudor frio.
Yo no quiero morir sin mi corona,
sin tu amor, sin venganza, en el vacío.

ILDICO. Ya estamos frente á frente: cuál contrasta
con esa postracion tu valentía!
Muere, fiera, á mis manos! Mas no basta:
prolongar necesito tu agonía.

ATILA. Es tu saña infernal.

ILDICO. No se me oculta,
mas no hay poder que mi furor contenga.
El que pretende herir, si ántes no insulta,
asesina, es verdad, mas no se venga.
Mi enojo, Atila, por mi voz te ofrece
ser digno de tu infamia en tal instante.
Contempla este puñal. Cómo estremece
ver un filo sutil y penetrante!
Al mirar que en la diestra se levanta,
al saber que se agita en el vacío,
al apoyar su punta en la garganta,
Atila, ¿no es verdad que sientes frio?
Muere!

ATILA. No sin tu amor, ¡ay de mí triste!

ILDICO. Cuál del miedo apurar te hago las heces!
Pensando que iba á herir te estremeciste?
Qué feliz soy! Te mataré dos veces!
(Gritando á los de fuera.)
Aquí todos, llegad, oh mis amigos.
Deponed un instante la fiereza.
Va á sucumbir el crímen: sed testigos
del fragor con que se hunde esta grandeza.

VOZ DE FLAVIO. Cristiano, Atila, soy.
ILDICO. (Á Flavio.) Valor, hermano!
Voy á vengarte, mi puñal lo abona!
VOZ DE FLAVIO. (Estertórea y llena de inspiracion.)
Detente! Le perdono. Soy cristiano
y no es digno de Dios quien no perdona.
(Ildico, al oir esta frase, deja caer su puñal, se cubre el rostro con las manos y exclama puesta de rodillas.)
ILDICO. Señor! Y yo en mis preces solitarias
te osé invocar? Si redencion es llanto,
deja que envuelta en líquidas plegarias
yo me esconda de mí. Me doy espanto!
(Rompiendo á llorar arrepentida.)
ATILA. Ni le debo á tu saña mis despojos,
ni al alcázar de amor abres la puerta.
Al calor que despiden mis enojos
parece que mi espíritu despierta.
ILDICO. Perdon!
ATILA. Se inyecta en sangre mi pupila
y en vano en mi impotencia me retuerzo.
(Lucha como un desesperado y logra blandir el puñal que arrojó Ildico.)
Pero... blandí el puñal... Aún soy Atila;
acúdeme, valor; haz otro esfuerzo.
VOCES. Muera Atila!
ILDICO. Qué horror!
(Atila consigue ponerse en pie.)
ATILA. Supremo instante!
Ya se dilatan mis dormidos brazos.
Aún podré con mi aliento de gigante
recoger de mi imperio los pedazos.
(Dirigiendo su voz á los de fuera.)
Hunos! Valor! El formidable acento
que del orbe en los ámbitos retumba
eco es de infamia que repite el viento
al chocar contra el borde de mi tumba.

ESCENA V.

DICHOS, el SOLDADO 5.°, seguido de varios hunos, que traen prisionero á Ardarico.

SOLDADO. Hé aquí á un traidor que libertad buscando
cedió al empuje de mi rudo choque.
El derecho de herirle te demando.

ILDICO. Hijo del corazon! (Corriendo á él.)

ATILA. (Con voz atronadora.) Nadie le toque.

SOLDADO. Triunfaron los rebeldes. Qué meditas?

ATILA. Un modo grande de bajar del trono.
(Se acerca á Ardarico llevando en la mano el puñal que recogió del suelo. Apoya su punta sobre el pecho de aquel y dice mirando á Ildico.)
Toda esperanza á mi pasion le quitas!
Me desprecias! Me vengo! Le perdono.
(Echa á Ardarico en brazos de su madre.)

VOCES Victoria!

SOLDADO. Ya se acercan!

ARDARICO. Madre mia!

ATILA. (Ap.) (El fuego extingue en que de enojos ardes.)

VOCES. Victoria!

ATILA. (Ap.) (No prolongues tu agonía.)

VOCES. Muera el rey!

SOLDADO. Aquí están!

ATILA. (Á los conjurados.) Atrás, cobardes!
(La tienda que cubre el fondo cae hecha añicos y deja ver el palacio de Atila y el burgo presa de las llamas. Mujeres suplicantes, vencidos aherrojados y vencedores en la embriaguez del triunfo completan el cuadro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ZERCON, LOS REYES, CONJURADOS, ETC.

ATILA. (Despues de haber hecho retroceder á los conjurados con

la voz y con la mirada, dice á todos con desprecio

No cedo á la traicion; el Rey lo jura.
de amor me rindo á la mortal zozobra.
(Dirigiéndose á Ildico.)
Obstáculo es mi vida á tu ventura?
Tómala, te la entrego; á mí me sobra.
(Se hiere y cae en los brazos de Ardarico y Zercon teniendo á su lado á Ildico.)

TODOS. Ah!

ATILA. Y en el odio que tu horror destila
el cadáver envuelve de tu esposo.

ILDICO. (Llorando.) Tu ayer purificaste: te amo, Atila!

ATILA. Que me amas? Muerte, corre. Soy dichoso!
(Poseido de una alegría indescriptible.)

ZERCON. Perdon!

ATILA. El tuyo.

ARDARICO. Si borrar la huella
del crímen puede el llanto, ve el que vierto.

ATILA. (Imponiéndole silencio, ya agonizante.)
No interrumpais mi dicha. Pienso en ella.
¡Me ama!... Ya tengo un Dios. (Muere.)

ILDICO. (Pone la mano sobre el corazon de Atila. Éste da un sacudimiento y queda rígido.)
¡Atila ha muerto!
(Todos se prosternan silenciosos.)

FIN DE LA OBRA.

AUMENTO Á LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
La mujer de Putifar	1	D. Juan Bergaño	Todo.
La veleta	1	Luis Pacheco	»
Las lunas del amor	1	R. Garcia Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
Muertos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
Los alfilerazos	2	S. María Granés	»
Atila	3	Enrique Gaspar	»
Las fiestas del hogar	3	E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
ZARZUELAS.			
Una conspiracion	1	M. Genaro Rentero	Libro.
El fresco de Jordan	1	Sres. Granés y Hernandez	L. y M.
Entre el alcalde y el rey	3	D. G. Nuñez de Arce	Libro.

Nota. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don V. Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela an un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.